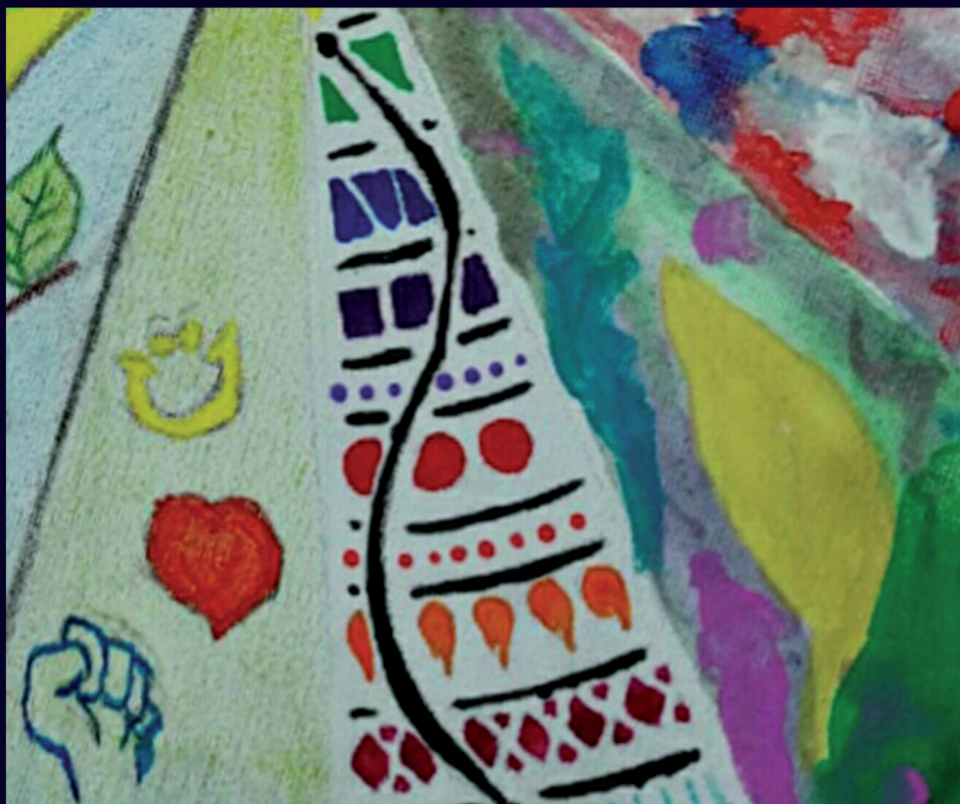


Certamen Literario Brunca 2019

Universidad Nacional de Costa Rica,
Sede Regional Brunca



97

Compiladores:
Miguel Calderón Fernández
Bryan Rivera Sandi

Certamen Literario
Brunca 2019

860.4
C146ce

Calderón Fernández, Miguel; Rivera Sandi, Bryan,
compiladores, Certamen Literario Brunca 2019
/ Compiladores: Miguel Calderón Fernández; Bryan Rivera Sandi.

Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2019.
160p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-582-02-2

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Jurado de poesía:

Alejandro Cordero Vargas.

Alejandra Valverde Alfaro.

Esteban Gutiérrez Vargas.

Jurado de cuento:

María Benavides González.

Maureen González Jones.

Ernesto Núñez Montes de Oca.

Imagen de portada: José Adrián Solís Ceciliano.

Editorial Nacimiento.

Diagramación: Adams J Ruiz.

mi@adamsjrui.com

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada por
cualquier medio, mecánico o electrónico del
contenido total o parcial de esta publicación.

Introducción

Globalización y contracultura

Con la expansión de la globalización se quedó una generación de jóvenes atrapada entre los engaños del desarrollo económico. Se elogió la idea de que la globalización generaría desarrollo para todos. Fue por eso que las universidades adoptaron un modelo de aprendizaje técnico que sirviera a las empresas representantes del neoliberalismo. La solidaridad, manifestación de hermandad entre las sociedades y los humanos, ha sido vilipendiada por el capitalismo voraz, pasando a ser un anacronismo citarla en las aulas. Las universidades públicas, nacidas dentro de la solidaridad social, han pasado a ser apéndices del nuevo modelo depredador de la humanidad; quedando, únicamente, algunos elementos que se resisten a los embates de la modernidad, y que se permiten en razón de haber acumulado experiencias maravillosas que podrían ser deladoras del nuevo modelo si fueran desechadas.

Ante la imposición de la racionalidad como elemento fundamental de la globalización y del desarrollo medio-fin expuesto por Weber, nacen movimientos de contra-cultura, sean estos personales o grupales, que recuperan el arte como fundamento humano. Es por tal razón que algunos jóvenes, dando espacio al espíritu humano, se apartan de la propuesta medio-fin, tal y como lo propone Hinkelammert, para dejar que la creatividad los atrape frente al mundo que los rodea. Por eso es que estos seres, integrantes de una nueva contracultura, dan espacio a la lectura, a la reflexión, a la vida; y encuentran en los escenarios cotidianos suficiente motivación para escribir un relato, un cuento, una poesía, una canción, o simplemente para reflexionar, retando al mundo globalizado que no puede atraparlos en su totalidad. Tal es el caso de los jóvenes que han participado del Certamen Literario Brunca, y que, sin miramientos a premiaciones, se pueden considerar ganadores frente a un modelo de racionalidad que gruñe al

verlos optar por el arte literario. Estos jóvenes entendieron que la literatura está fuera de la razón, y que se conjuga con el espíritu, con el alma, con el buen vivir.

Miguel Calderón Fernández

Presentación

Isaías

Salió caminando por la ruta conocida. No había otra forma de llegar; se internó en los bosques presagiando, sin proponérselo, que ese universo denso y de sonidos alegres sería la esencia de su vida. Ingresó con su existencia, y su vida fue llenándose de la esencia que dibujó su eternidad. Cargaba, en un inicio, la ilusión reiterada de todo caminante del Sur, llegar al valle y sentir que la vida debía seguir el determinismo biológico: navegar por la ruta de los que nacen y mueren.

Antes, eso sí, había que subir los acantilados de la gran cordillera. Sin detenerme a describir pesadumbres, es requerido anotar, en caso de lector ajeno a estas geografías, que había que escalar por trillos escabrosos que se comían de apoco las ilusiones previstas antes de la partida.

El cansancio lo fue minando, y, antes de un desmayo sentido el joven Isaías se fue metiendo entre las raíces de los árboles, buscando nuevas formas de entender aquel bosque confuso y lleno de neblina, al que además se le sumaba un frío escalofriante y desgarrador que helaba los huesos y congelaba la sangre.

Las raíces de los árboles son cálidas y amorosas, pensó el caminante cuando se internó entre la tierra gris. Su piel recuperó la elasticidad regular y su respiración se alivió con la calidez que la vida tiene por dentro. Sin titubear dijo una frase que los humanos no entendieron en su momento, "donde hay bosque hay esperanza". Tomó un trozo de tapa de dulce y lo comió con agua limpia que salía de las raíces. Siguió caminando con la energía renovada, pero sus padres caminaban por encima de la tierra y la sed los estaba agobiando, fue por eso que Isaías decidió salir a la superficie para ayudarlos. Detrás de él venía un ojo de agua brotando ilusiones y esperanza; su madre pensó que era buena idea instalar un refugio cerca del agua, para que otros viajeros se guarecieran, dijo.

Ojo de Agua, nombre elemental, toponimia lógica para una mente cansada; muchos viajeros recuperaron su vida entre el calor de un techo que les permitía comer algún alimento, biscocho de maíz, por ejemplo, y tomar agua fresca salida de las raíces de la tierra. Los viajeros calentaron los dedos con fuego de madera y estiraron las cuerdas de una guitarra para armonizar las melodías salidas de una concertina.

Durmieron en el lugar, y el joven Isaías decidió seguir la ruta por la superficie de la tierra, por la misma picada que Pedro Calderón construyera en otros años. Quería entender los árboles después de la tierra. Se inquietó al oír que las aves tenían mejores cantos en las alturas, y descubrió frases melodiosas, como si el universo ocultara otras dimensiones arriba de los pasos. Su canto no es para nosotros, pensó el joven.

Siguió la ruta caminado sobre los árboles, y las aves se posaban en sus hombros, Isaías sentía cerca su canto. Entendió que los árboles no terminaban donde se acaban sus ramas; trató de observar su final, pero la lluvia tapaba su vista. Llegaron al refugio del Cerro de la Muerte, Isaías bajó de las alturas para calentar sus huesos. El aire corre más rápido en lo alto, le dijo a sus padres, luego consiguió una carga de leña para dejar provisión a otros viajeros.

Una danta lo miró con aprecio, estaba paciendo fuera del refugio; sus padres sintieron miedo, pero Isaías se le acercó y pasó su mano por el lomo del animal; es noble, dijo en voz silenciosa; el animal siguió comiendo hierba. Otros viajeros que se guarecían en el refugio, concertina y guitarra en mano, cantaron para alegrar la dureza de esa ruta de la muerte. Uno de ellos ya creaba canciones sobre los pioneros, “soy generaleño y vivo en los bosques, pa’ voltear montaña yo soy bien pencón”. El músico se sintió orgulloso, levantó su pecho y miró a su audiencia tratando de recibir elogios. A Isaías no le gustó la canción, él entendía los bosques de otra forma; discutieron un poco, pero Isaías terminó la discusión diciéndole,” con calma, con calma, con calma. No nos desesperemos. Con firme calma enfrentemos el presente, porque de nuestras

acciones actuales depende el futuro de los hijos”. Luego siguieron el camino como viajeros que debían mantener reciprocidad.

El músico sacó trozos de dulce de su alforja y los compartió —tienes razón— le dijo, siempre se ocupan árboles para que las garzas duerman junto a la laguna. Isaías no lo entendió, en Alajuelita no había garzas, ellas son del Sur.

En el refugio de División no había leña, algún viajero de mal sentimiento no dejó la provisión, pero un arriero llevaba unos cerdos gordos que ayudaron a calentar los huesos de los pioneros, especialmente a los padres de Isaías que ya contaban con algo más de cien años; se abrazaron junto a los animales y el calor grasoso los fue animando nuevamente. La comida se les estaba acabando, por eso Isaías y el músico se fueron por la hondonada y encontraron miel silvestre, zarzamoras, y truchas que había en cantidad en un río que agrandaba su corriente en busca del valle.

1916

Isaías llegó a la margen de un río caudaloso, escuchó el sonido de la noche y se confundió con luces saltarinas y parpadeantes. Un búho gigante lo observó con ojos saltones, y una martilla exhaló sonidos estridentes; el canto de las aves se filtró por los árboles y no supo dónde mirar. Una pantera lo determinó con ojos brillantes, el joven se perdió entre la mirada felina que lo llevó por un recorrido sin rumbo. Subió a los cerros nuevamente, se deslizó por la corriente del río, ingresó a la tierra cruzando raíces de árboles gigantes y descubrió hilos de agua que se juntaban entre las raíces oscurecidas por la tierra negra, siguió la dirección de la corriente y salió al río nuevamente. La pantera rugió para despertar a Isaías, y en clara convicción él dijo, no estaba dormido, te equivocaste. El animal levantó sus manos con uñas garfiadas y punzantes, saltó por encima del joven, se escurrió por la hondonada y maulló estre-pitosamente. El bosque quedó en silencio y el joven entendió que el río no le tiene miedo a los felinos. Luego siguió visitándolo, por las noches recorría los cerros en busca de alimento y al amanecer pasaba por el rancho de Isaías, daba un rasguño en la puerta y

seguía el camino. Es un ánima, dijo un vecino, hay que matarla; pero Isaías le aseguró que era una pantera real, las ánimas no pueden vivir en el paraíso, le indicó. Siempre lo siguió con su mirada inocente, y se alegraba al verlo sembrar semillas de caoba.

Isaías hizo un abra para sembrar su comida, y cuidó los bosques para los animales. En los atardeceres soleados llegaban personas a su casa, a respirar el aroma de orquídeas que el naturalista creaba para compartir. Las aves también llegaban, se posaban en su hombro como si no hubiera árboles para descansar, y el viejo Isaías, que ya tenía algunos siglos en el lugar, las dejaba estar, luego subía a los árboles con ellas y compartía algunas semillas.

Aseguran que fue cerca del río Pedregosito donde vivió; descubrieron caobas gigantes nacidos en la época del naturalista, y en la profundidad de la tierra encontraron huellas humanas que se deslizaban hasta el final de las raíces, y una leyenda se dibujó entre la tierra, *los árboles nacen más allá de sus raíces, y no acaban donde terminan sus ramas.*

Miguel Calderón Fernández

Poesía

Acta jurado

Certamen Literario Brunca, Poesía, 2019

El día viernes 13 de setiembre de 2019 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2019, género Poesía, conformado por los siguientes miembros: Alejandro Cordero segundo apellido, Alejandra Valverde Alfaro y Esteban Gutiérrez Vargas.

Luego de examinar minuciosamente los poemarios participantes, el Jurado conviene premiar unánimemente las siguientes obras:

Otorgar el PRIMER LUGAR al poemario titulado Saturno y casa, que se presentó bajo el seudónimo Valessi. Es un poemario cuya síntesis de los elementos de tiempo y espacio es clara; estas dos grandes áreas se construyen con comienzos y finales muy bien logrados. Se trata de una lectura envolvente que encamina al lector por un universo interno, con pasajes mitológicos que adquieren total relevancia en la continuidad temática.

Otorgar el SEGUNDO LUGAR al poemario titulado Podremos ser, que se presentó bajo el seudónimo Aurora. Este poemario, a través de la conciencia de la tradición de lucha, muestra imágenes potentes sobre el ser mujer en la coyuntura actual.

Otorgar el TERCER LUGAR al poemario titulado El parque de los venados, que se presentó bajo el seudónimo Betelgeuse. Es un intenso canto telúrico que nos lleva por diversos escenarios de la condición humana.

También, consideramos pertinente hacer un llamado a los futuros participantes sobre la importancia del trabajo de revisión de los trabajos antes de enviarlos a concurso. Por respeto al Certamen Literario Brunca no deberían enviarse textos en los que claramente hay poco trabajo previo. Más allá de gustos y criterios estéticos de los jurados, la presentación de material lleno de faltas de ortografía y de léxico, mal organizado y con formato y paginación desordenada no es algo aceptable. Los postulantes deben ser más cuidadosos con los documentos y poner un poco más de empeño en el trabajo previo de sus creaciones, incluyendo la revisión y la

relectura, antes de enviarlos, por seriedad y respeto a su propia obra y al concurso.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos acta y firmamos.

Alejandro Cordero Vargas Alejandra Valverde Alfaro
Esteban Gutiérrez Vargas



Alejandro Cordero Vargas



Esteban Gutiérrez Vargas



Alejandra Valverde Alfaro

Primer lugar

Valeria Johanna Jiménez Campos

Saturno y casa

*El tiempo,
la gran puerta entreabierta,
el astro que ciega.*

Blanca Varela

*Con el caudal de un río
derramado
en los brazos del tiempo.*

José María Muñoz Quirós

*Y el último a quien parió fue el sagaz Cronos,
el más terrible de sus hijos...*

Hesíodo

I
(Pasado adentro)

*Nadie detiene al sol.
Juan Gelman*

Justifico

*Estamos condenados a escribir.
Enrique Lihn*

Regresa el sol,
tan incomprensible en su trayecto
que ahora que lo nombro
decide ocultarse bajo las sábanas.

Y la luz fallece. Y la cama se agranda.
Escribo para dar fe de mi conciencia:
—La historia del fuego
no ha podido esculpirse sola—.

Abro la puerta
para que pasen las horas.
Soy yo la que sostiene el lápiz
cuando arde la noche
y los ojos se cierran.

La penumbra comienza a llamar.
No distingo astros de serpientes.
Las paredes se derriten;
pesadilla es la carne.

Parece fácil rendirse,
entregar todo lo que me fue dado
para que otros hagan lo que quieran
con los restos,
pero el astro me encuentra de vuelta,
se involucra en mis sentidos.
Palpa la ventana. Me seduce.
Y sus heridas plantean el rumbo.

Ahora mismo escribo
porque intenté perderme
y no pude.

No lo despierten, muchachos

Frente a la pared más nítida
duerme, ya sin derrotas,
ya sin sueño ni traiciones,
el hombre en cuya voz
hicieron nido las libélulas de polvo,
cuna la guerrilla solitaria, verso los inviernos.

Sus párpados, ahora piedras transcritas en el limbo,
alguna vez atraparon la noche
y abrieron para el mundo
su mirada de amante sin mentiras;
un paso necesario.

En cada ojo un vacío distinto.
Su boca no se despliega sobre otra boca,
su voz ya no arde
a mitad del abismo de ciudad,

su lengua ya no recita futuros de justicia
sino que yace atada
a la enorme ilógica oscuridad
de lo que hay detrás de la montaña,
en el refugio de las horas.

No lo despierten, muchachos.
No pronuncien su nombre.
De su ausencia jamás nacerá el olvido:
ES IMPOSIBLE SUJETARLO.

De su ausencia seguirá brotando, constante,
un río de furias necesarias;
este camino de lava que hoy nos busca
y nos encuentra
y nos convence.

El arte

Alguna vez dudé.
Ahora es fuerte la idea que renace.
Idea que mantuvo a Sísifo
en constante movimiento,
idea-instinto que conduce a la hormiga hasta la hoja.

Solo en el arte
la palabra observa.

Ahora mi cuerpo, parte azul de la llama,
respira en la fuerza del verso cuando llega y se acomoda
entre el sueño y el insomnio,
como una gata enamorada del llanto.

Alguna vez profetizaron mi nombre.
Ahora conozco, existo en el anhelo
de una lengua que socava lo prohibido:
el suspirar de un huracán
entre los pliegues del océano.

Hesíodo ante una puerta

He quemado mis manos ofreciendo leña al pensamiento.
Se me entrañan los océanos tras el renacer de la mañana
—jaulas hacen nido en mi cabeza—.

He obligado a mis ojos a observar lo invisible;
luciérnagas a los pies de Delfos.

He obligado a mi voz
a pronunciar trabajos y días
que no he vivido en esta carne.

Han pasado las horas (Las he visto pasar).
Es cierto, nadie ha podido desmentir la tinta
de esta boca que cantan.
Es cierto, el cielo se quiebra, sin nada que decir.
Las musas traen entre sus labios
la transparencia de las cosas.

El frío ha cesado (Lo he visto cesar).
Lo que quise decir
fue grito entre mis dedos.
Lo que ahora me queda
es tan solo el residuo
de la visión original:

En un principio era el caos,
omnipresente y necesario,
ahora es el mar, imantado de nostalgias.

Han pasado las noches.
Me abro de par en par
Y canto:

¿Quién dice que un cedro no puede nacer del barro?
¿Quién dice que el sol no tiene memoria?

En principio

En el principio,
el fuego no era.

Existía algún dios cansado
que descendía hasta aquí
para atizar la hoguera con sus últimas plegarias,
pero el fuego no era,
no tenía nombre ni método.

En el principio del tiempo
no ardía esta condena fatua,
ni caminaba el continuo almanaque
que sostenemos hoy con tanto orgullo,
conforme se acumulan las piedras
en el río.

El tiempo era una boca
que, sin hambre,
hacía crujir huesos de mamíferos
esparciendo sus semillas
por los campos y las aguas.

La poesía tampoco era, en el principio,
no tenía nombre ni método,
no se parecía a esto que decimos reinventar entre murmullos.
La poesía llegaba con aquella lechuza
y con ella una gloria vana,
y con ella la anunciación de una vida,
la forma exacta de la muerte.

En el principio,
ni la guerra, ni el rencor,
ni el sendero, ni esta idea,

tenían lugar entre los planos.

Todo era sombra,
sin embargo, no todo se perdería en el olvido;

en las paredes de las cuevas
se acurrucaban
para siempre
los mamuts y los bisontes.

II

(Interior presente)

Luego empezó a dolerme la raíz de las alas.
Dulce María Loynaz

¡Sé como las guitarras que sollozan cantando!
Julián Marchena

Presentimiento

La piel tibia de la noche tiene reflejos anaranjados.

Joaquín Gutiérrez

Se oye nacer la soledad en la distancia.
La habitación es un ente vivo.
Nosotros, dos sombras. La tuya:
serpiente emplumada a contraluz.
La mía: un girasol consumando el frío.

Tanta vida afuera, para qué,
con tan solo suspirar
se quebrarían los vitrales
que nos sostienen.

El sonido de la autopista
nos trae recuerdos de otros labios,
vocaciones soñadas y perdidas,
un cuerpo abriéndose el vientre para nadie;
pariendo el tiempo.

Que me perdonen los que en mí creían,
la niña aún yace perdida en el espejo,
¡no hay nada que buscar!, ¡desistan!
aún aquel niño se pregunta
¡por qué la luna nos persigue cuando andamos?

Es mi cumpleaños
y no conozco la edad de mis huellas,
he perdido la paz en otra casa,
esta habitación me susurra
mareas, mareas, otros nombres. (Soy una entre nosotros)

Me miras. Desnudo el terror de creerme sola.
Cierro con llave,
la habitación es un insecto agobiado.

nadaré la angustia,
—No te asustes—
no preguntes por lo que pasa al otro lado.

Combustión espontánea

El tiempo es una casa sin paredes.

Byron Ramírez

I

En su propia historia
arde inmensa la antigua casa;
se asfixia a sí misma entre termitas y retratos.

No tienen color sus cenizas.
Tan solo la forma de un buitre entre las ramas de un encino.
No tiene aroma el crujir de su agonía.
Tan solo la reconozco yo,
la que condujo su sombra
a través de la mañana,
la que no conoció nunca el sonido de la lágrima
resbalando sobre aquel piso de madera.

Ni cauces, ni péndulos. La materia de sus habitaciones
colapsa por su propia gravedad.
Mi piel se cubre de vacío; simulo una grieta.

Nunca he huido de su abrigo. De nada sirve que lo diga.
Ahora que por fin regreso para quedarme,
todo es nada: nunca estuve allí,
nunca salté sus corredores, nunca escondí palabras tras sus cortinas.
De su ayer soy una expulsada sin derechos.
El tiempo me escupe el presente en la cara.
El estruendo de la caída
apuñala mi nombre.

II

Observa cómo se fatigan sus costillas, una a una,
los primeros dibujos, la primera canción,
el regazo de una madre
sosteniendo el insomnio de su hijo.

Observa cómo arde mi memoria
entre sus brazas, la furia de un destino a quemarropa.

Ha llegado tarde mi corazón
a su propio incendio.

Es decir

*Bástame, amor, lo que ha por mí pasado.
Garcilaso de la Vega*

Hay una sola huella en esta habitación,
una grieta que late sin remordimientos
bajo el pequeño continente que dibujamos
como se dibuja una trinchera en plena guerra,
es decir, como se formula una fogata
a mitad de un invierno intemporal.

Quiero que lo sepas,
queda una duda recurrente,
no en el beso que rehacemos tan natural, tan porque sí,
como reflejo en el agua, ni en el buen augurio que proyecta tu voz
al revelarme el poema que nunca descifraría sola.

No me permitas contradicciones.
Conozcamos lo existente,
camina descalzo este continente dibujado
como quien pretende habitar esa trinchera en plena guerra,
es decir, caminaré descalza a tu lado
como quien conquista con las manos el invierno.

Esos que bailan

Esos que bailan el swing
de un espectro que se rompe
en palabras sin significado,
en instintos,
son una sola sustancia,
—yo no sé—
una estancia surgida de la idea,
historia del sudor de nuestra sangre,
la contemplación atenta
del soplo que resiste
en las entrañas del cansancio.

Así

Más que los ojos ven los dedos.
Luis Cardoza y Aragón
Sin nada que estorbe.
Con la voz vacía de espinas
y la piel intacta,
paciente garúa de regreso
sin pretextos ni ataduras.
Casi nada. Solo esto.
Solitaria en este viaje que armonizo,
desciendo al talud de tu silueta.
Camino el cadáver del cariño,
expuesta al incendio que resguardas.
Sin nada, nada. Casi real entre tus gestos,
dialogo con mi propio corazón, así,
desplegando un mapa
a los pies
del cataclismo.

Las horas pesan

3AM:

Respirar del primer aire.

Despertar en medio del clímax de algún sueño.

Ver la rosa cambiarse los vestidos.

Intentar pintar una mandala de un color tan puro
que opaque tanto dolor atribuido.

Inventar el día. Sufrir de futuro. Reinventar el día.

Pasa que nosotros,
somos ese defecto de fábrica
que señalan los periódicos.

Llega el primer beso y llegan las primeras palabras:

Lo lamento; fallo una, llegan dos y sigue.

El reloj gira en manifiesto.

La acidez recorre el cuerpo habitado.

Inquietud inunda la boca.

Las vomito mientras pierdo, lo he intentado, lo intento. Se
[apaga todo.

Contemplo el día. Reinicio; señalo una sonrisa.

Me muestro apacible ante la espera. Domino el carácter. Fluye
[el río y fluyo.

4AM:

Duele. ME AHOGO Y

DUELE.

Ruge lo que callo

Demasiado ruido para nadie.

Escuchar anhelo

lo que ha sabido ocultarme la voz.

Lo que atraganta de ecos al poema

buscando un nombre de madrugada.

Todo esto que no soy:

Una espiral de esperas. Eva.

Un vértigo, un más allá sin ligamentos.

Un vaivén de lunas sobre la espalda.

Un péndulo. Una pintura ciega.

Una cimitarra de nostalgias.

Todo esto que no siento:

Mentira y memoria; el sueño, la infancia.

Saturno detenido en la mirada de un infante.

Un cantar a lengua viva

lo que se escapa entre la idea y la palabra;

la poesía,

la llama.

Segundo lugar

Valeria Morales Núñez

Podremos ser

Herencias del sentido

I

Los ojos pasados
sedientos de verde
de manos madera,
bebieron un paisaje
del tamaño de sus deseos,
lloraron las montañas que no saben de maltratos.
Ellos
cantaron corazones agua
sin problemas de vista
con oídos resueltos,
a un alma viento
que no teme renacer
en cada naciente.

II

Quienes seguimos
diagnosticamos sus lágrimas,
creamos conjuros por la Necesidad.
Sabemos el color
de cada palabra,
el olor del humo flácido.
Creemos cuidar nuestro hogar,
pero somos incapaces de servir un café
cuando nos visitan los Ojos.

Padecemos trescientas enfermedades de la vista,
doscientas cuarenta del tacto,
ciento veinte de la memoria
y noventa y cinco punto tres
de la piel.
Gracias a nuestra mutación
sobrevivimos epidemias,

inventamos una máquina
por cada época quemada
por cada oración de domingo
por cada súperpoder.

III

Correríamos hacia nuevas arcillas
y allí, en cada grieta
sembraría árboles frutales o reina de la noche,
de todos modos
sus proteínas se gestaron de la misma leyenda.

Queremos recuperar la sabiduría,
jamás regresar al polvo que nos parió,
saltar al vacío
con la certeza de que caer al fondo
es la mayor bendición.

Mutación:
Por favor
quédate en los colchones.

La muerte nunca acaba

Hay días en los que amaneces desnuda
.despiertas.

no llevas ojos
tus uñas cayeron al techo
tu pecho anidó con el viento
y tu sangre incolora
.sinanemia. sinhemorragias.
olvidó coagular.

Sólo Alfonsina contesta tus aullidos
reconoce la melodía enterrada
en su último corazón
silenciada en el hueco de los que
declaran. hablan. saben
asesinar cada gota de sal
ya me fatiga esta misión de rosa
la Grütter se des sangra
vacía de trinchera
en el último grito del verbo *nunca*
no hay neutralidades donde hay amor
donde cada insomnio lleva alma
lleva huella.

Hay días desnudos
donde la energía pierde su corta dignidad
queda petrificada
en el intento de ser fogata,
dejar al fuego por la ceniza,
pasar de la callada. vacía a La Loca,
abandonar la ciencia innata
por el quehacer oxígeno del corazón.

Mis fantasmas desempleados

Los fantasmas de mi jardín son
mala hierba necesitada
de remedios que controlen su obsesión
por correr expandida

ajo, cebolla, agua
café, cáscaras,

o su depredador natural:
mi instinto nervioso.

Una mirada inquieta hacia mi córnea
canta a la mala, a la miedosa,
a la que pone trampas en mis dedos
pedras en mis cuerdas vocales.

¿Soy yo?

Escuchó a mi niña en la maleza
hace hogares con lo que muere.

Oficios na-tu-ra-les

*El amor ha sido el opio de las mujeres, como el fútbol de las masas.
Mientras nosotras amábamos, ellos gobernaban.
Kate Millett*

Y la luz quemó:
un pecho abierto
que desafiaba la intuición
en el borde del pico más alto
pintó su autorretrato
a la orilla del hoyo enmascarado

quería crecer
con las vitaminas básicas
ser agua desprendida
flujo sin raíz

pero olvidó:
nadie completa las batallas que el alma abandona

olvidó
.la confesión:

Ella, mamá María
en la última página de su diario
profesó nunca ser
La Culpa
devota de costumbres añejas,
vertedero de lo inmutable
¡divina inmutabilidad que cobran
los hombres al ser impunes!

¡Hermoso el baile
que dejás en la costilla!
¡Inútil el final nunca nuestro!

Profecía:
sólo nos quedan
 los pasos de las manos
 que arman sin ensayo
 la hipodermis del amor
 en el nuevo diario de Mamá.

Esquinas por llenar

Para Pao

Los consuelos se filtran en mis uñas cortas,
no hallan escondite
ante el vacío imponente
que penetra cada rostro,
y detienen la fiesta navideña
en una foto del 2000,
y detienen cada lazo familiar no abonado
abriendo el pecho a la culpa
y nos detenemos todos
en la mañana que tu semilla se plantó
al borde de tu cama a rogarle a la muerte
algún abrigo
a pedirle que siembre techos capaces de ocultar
estos escalofríos
que se cuelan en mis manos,
en tus ojos
y en mi abuelita que ya no celebra
la vacía esquina de nuestros recuerdos.

Diseño de adjetivo

Cada vez que acarició el silencio
usted grita, jala mis uñas,
insiste en que bailemos.
En cambio, parece otro
cuando veo vulvas en los paños
o me resigno a la autoridad
y lo dejó esparcirse
en las cuerdas de mi columna vertebral.
Desaparece en las horas mar,
pero de pronto me salta sobre la nuca
y su peso me obliga
a conversar con mis pies
o lo que sea que me mueve por su hogar.

¿un té de valeriana
con amarga desolación y plenitud exacta?
¿es usted la antigua comadrona
que trenzaba las angustias?
¿qué es?
cada tanto me ilusiona
haciéndome creer su reina,
qué es que no padece vergüenza,
que toma la cola del agua
y se va por las esquinas hasta la rama de la vida
donde yo no logro subir.

Tiempo:

usted es adjetivo perfecto.

Sujeto de mi pesadilla.

Tiempo:

es una niña color encendido.

Un gato que prefiere jugar.

No, mi amor, no

Ella se despierta cada madrugada
a las tres treinta se le congelan los cabellos
los recuerdos como pan seco en la lengua
no logra dormir sin agua.

Su vecina en el espejo
le lava la espalda
le suplica con rasguños
el amor que la eternidad le prohibió.

No, mi amor, no
si tan sólo el reflejo fuese hervido
y tus quemaduras ardieran hasta sangrar.

No, mi amor, no
repites como una niña que elabora
sus primeras palabras.

En el reflejo: la sombra de tus arrugas,
las canas ajenas del ayer,
se quiebran
cada vez que te das la vuelta,
declarás territorios esclavos,
traicionás El Pacto,
gemís
en nombre del adiós,
en nombre del auto engaño
en nombre de los sonidos húmedos,
que son tan solo la costra
de aquel ayer, aquel mañana
que soñó con ser.

Beso sangrado

Beso roto por debajo abre
en la muerte luces rojas que
sanan el sabor magia
del áspero negro.

Sube, crece
húndete en
los manteles, las máquinas no saben
coser —desisten el terreno
pierden las cifras—
sostenlo desafinado
el sonido me
desaparece. Sólo mis caderas son
amas y navegantes
impacientes de sed.

Desprenderse

Una a una le di mis plumas
hasta que lo encontré padeciendo
en la orilla de mi cruz

lo volvería a hacer

En su jadeo convocó a la tradición
y amenazó con destruir a los zopilotes
es que sus alas fueron cosidas sin anestesia
sus cantos nos hicieron sufrir
y esa blanquitud impecable me da asco

Yo maté al ángel

Tercer juego

La tierra parece fértil,
hasta las lombrices hambrientas,
te buscan
te sabotean

es tu culpa.

Llevan dedos arrugados,
juegan lotería porque
cuando Dios niega existencia,
no hay ley que valga,
ni palabra tan justa
como la que viste sotana

(cierra los ojos, niña)

la voz no alcanza el cielo,
los pies se levantan tan poco,
las miradas, los corazones
engendrados como paredes,
sobre ellas retumba
el TOOOM-TOOOOUMM
de pasos vendados
mientras arrojan balanzas sobre
el ataúd que crece en ti,
en tu piel desnuda,
en tus tetitas ansiosas,
que juegan en silencio
y tu traje: hogar de insectos
y el centro de tu cuerpo: ceniza
y el sollozo eterno

(tápate los oídos, niña)

que el viento te cubra

te cubra

de la voz ronca que te exige suya

que la sal te limpie

de la desgracia del animal reptil

te limpie

te seguiremos

te buscaremos

porque el aire sabe grueso

porque existe un patio

en nuestro escondite

donde jugar en vestido

no es un mortal peligro.

Soy María

Incon...

Inconsis...

Inconsistente...

¿Inconsistente?

Sí, inconsistente

esa fue la respuesta del Señor

Juez que declaró si mi

humedad fue quebrada

como si mi matrimonio

no cargaré las heridas

como si no fuera menos

mujer desde ese día

como si no hubiese cocinado, lavado

planchado a ellos

como si no fuera desde entonces

un piso, una suela, una piedra

como si la montaña no fuese

víctima también

y mis güipiles, secadores

de esta sal

amuletos para no olvidar a ninguna

como si mi lengua no quedase

marcada y este mi idioma

tachado hasta el punto final

como si mi retina

no quedara desprendida

en el año mil novecientos ochenta y uno

cuando tacharon sobre mi alma

mujer de soldado.

Soy

a pesar de Tiempo,

a pesar de Justicia,

a pesar de Castellano,
soy
infinitamente inconsistente
infinitamente desprendida
 infinitamente soy
 por siempre indígena.

Tercer lugar

Joset André Navarro Abarca

El Parque de los Venados

Un dosel cubierto de mariposas

Al Cerro de la Muerte,

en simetría

Antes del fuego
el quetzal

aire

una puerta

Mientras sobrevolaba
los valles se hundieron
La roca fue esculpida
Era así la tierra fría
muerta y seca

El quetzal vivió en el suelo

Su canto fue agudo
pero seco e invisible
Aunque nadie lo mirara
empezó con él el futuro

El coyote vino a comérselo

entonces nada sucedió
El quetzal moría bajo la tierra
Las ramas tardaron en crecer

Se rompió el primer huevo
Emergieron los manglares
las cumbres heladas

Faltó el eco
porque el canto apenas lo emitía

El anfibio salió del barro
y vagó sobre la arena

el eco regresaba

Tras muertos los grandes reptiles
con los huesos hechos piedra
se abrió el segundo huevo
y las flores y las hojas nacieron de la lluvia

El gusano tuvo sombra
La ardilla dónde parir las crías
La cobra dónde devorarlas

Subieron a los árboles
Nunca más bajaron

Con el segundo huevo
otras huellas

Los pies andaban sobre las rocas
pero eran muchos
y no solo dos

Aunque hubo sombra
rechazaron subir los árboles
Abrieron cuevas
largo rato se apartaron

El círculo con tejas de bejuco
ascendía por los cedros y la lluvia
pintaba las nubes con cristal
y plata

Al principio era un valle
el más profundo
donde la selva
se adorna con suspiros

La bestia tuvo
conciencia de su cuerpo

Al despuntar el día nació la flor
una flor enorme
sobre una piedra alta

Con los pétalos como agujones
se ató a la pared de lajas gruesas
y plateadas
y armando un sagrario
escondió dentro cuánto
un día llamarán vista

Una flor púrpura

El pedregal se vistió con pétalos
y cáscaras
y ganchos que forraron el agua
con lanas verdes
y rojas
Eran las barbas de un ermitaño
pero más joven
más sabio
La bestia anda
con fuego en las manos
La flor sube un árbol de jacaranda

El espacio entre una
y el cuerpo lila del otro

forman el círculo
en donde
quien lo encuentre
estará para siempre
Su muerte será dichosa
nadie irá a celebrarla

El camino a las constelaciones

Habían hecho la casa de oro

La raíz
en la inmensa veta de zafiros
crecía con orquídeas
por las nubes anchísimas

La bestia se multiplica
Empieza a sembrar la tierra

La jacaranda
guarda el lugar del nacimiento
Levanta árboles de fina cáscara
donde habían predicho
Caían siempre cuando
esto era deseado
La raíz cubrió el círculo
Igualó en belleza a las estrellas
que brotaron
dentro de la hondura

Una bestia perdió el rumbo
Caminó por una ladera
sin saber de cuándo se trataba
Caían truenos en los volcanes
La bestia aprende

a hacer caminos

Estuvo perdida al observar la bajura
Por horas la miraba
como ver al sol recién fundido
sentir la luz de la luna
contra el mar y un camino
o el astro de la tarde
que deja su retumbo
para nuestros corazones

Pregunta *qué es aquella hoja violeta*
es la hondura incandescente

Cuando por fin regresa
ignoran su palabra
Una flor de Bromelia dice
Música en cascabeles gime
Este es el ritual
ustedes los ciegos se lamenta

Por los bejucos
lagos
leños
de una piedra a otra
corre hacia la flor
en presencia o por hechizo
De su humanidad bajó toda la noche
Pasó por peñas
cruzó el cielo y la escarcha fina
salió por una quebrada
abriéndose paso entre bejucos
Llegó a la base del río

Los troncos
unos junto a otros
sellaron el techo
oscuro
Era frío aquel aroma
la vida no menos latente

Un sendero al fondo en la pared
Es la hondura luminosa
¡Primera luz en los cacaotales!

Un aroma a catarata
a hijo
a mácula y a pisca
a humedad en las vertientes
olor a sombra descalza
que inundábala con luz

Llega al fondo de la hondura
La huele
aunque el aroma
se acabó hace tiempo
Acerca la mano a uno de los pétalos
Es inmenso y duro piensa
Desliza los dedos
Firme y larvado calla

Acerca el oído a la enorme pared
Escucha de la flor
Ven
joven-niño-vieja-lenca
a mí

Van a ella

niño joven vieja lenca

mujer

un hombre

Y por mi cuello es que reposa tu alma.

Eunice Odio

Y los días amanecen con los pies en los charcos.

Isaac Felipe Azofeifa

Y del pasado, esa leche agria.

Luis Yuré

Segundo

*Al río,
por su llanto*

Frutos

Existo si recuerdo
los versos de Darío sobre el invierno,
pero los versos me los han robado,

me dieron conciencia de ello
para aumentar mi desgracia.
En el suampo de quienes
purgan, yo la espero.

Bebe de los mares
como el ternero leche agria.
Cuando más debí amarla, fracasé.
Tengo el útero seco,
ningún hijo amamantado.

La ingenuidad

Adán respira con brillo en los ojos,
más bien castaño.

Mojó las sábanas como si ella siguiera aquí.

Despierta por lo mal que ha dormido
pero hoy es diferente:
le duelen las costillas
y por allá nació un árbol.

Piensa que de ahora en adelante
las cosas van a mejorar.

Marea

Suspira rodeada por potenciales suicidas
que no intuyen cuanto haré en su contra

ni que el destino lo purgan a mi lado.
Me abrí la enagua para el cielo
que es más una playa.

No deseo arrastrarlos al suplicio
ni hacer en la vida una tragedia

más bien honrar la escritura,
la electricidad, los átomos, la acción continua,
el disparo al ojo.

Sea mi castigo por oírla recitar:
ella escribe en un salón junto a sus nietas.
Habla: este es el gozo.
Amarla debe ser el paraíso.

Los cansados

Nacimos para nada.

Éramos la pura majadería por ser quien no nacimos.

Nunca fuimos.

Rechazamos la lealtad como hombres de Esparta,

no hibernamos en la casa del árbol,
no trepamos a la punta del cerro,
nunca en la escuela mordimos labios,
ni fuimos cirujanos
con la rana abierta de anca en anca.

Nacimos para nadie.

Cuando apenas nos crecía
un tronco en la mirada
el timbre nos cortó con su preámbulo.
Derribó aquel búnker de guerra

que solo dibujamos. No montamos en nada.
La máquina entre los dedos
nos dejó esta miopía, cada año más espesa.
Olvidé qué son los defectos.

Somos de puntillas. Heme aquí,
agarrándoles la boca con el puño del sollozo
en la pura ascua de sobrarle a este siglo.

Nos creció la redención que no elegimos,
en venganza por esto miramos de reojo
como justamente hicieron los bonitos.

Los que sí se llenaron de tierra y operaron
palomas y sapos y escupieron,

los que dormían en los árboles con lámparas coloridas,
los que hicieron pactos, besaron y fueron queridos,
los que siempre les dijeron y quisieron y nacieron para todo.

Los bonitos no saben nuestros nombres.
Salen a robar la tierra, listos desde siempre.
Pasean en sus bicicletas con maromas entre los sueños.

Alzan la soledad como una varilla
que tiran, dándonos en la cabeza.

Nosotros, los escogidos a medias, no vivimos;
crecimos para nunca.

Sabemos de inyecciones y de víboras.
Creemos en la biblia y en uno que otro cuerno.
Hasta oímos hablar del futuro
en la esquina
de este ayer tan breve.

Cuento

ACTA JURADO CERTAMEN BRUNCA 2019, CUENTO

El jurado, en el género de cuento del Certamen Brunca 2019, integrado por los profesionales en filología española María Benavides González, Maureen González Jones y Ernesto Núñez Montes de Oca, luego de revisar el material remitido al concurso, resolvemos por unanimidad:

Conceder el PRIMER LUGAR a “F. V. Ravioli” por su compilado de cuentos presentado bajo el título Pa. Dicha resolución se toma considerando la actualidad del tema, la unidad y congruencia temática, así como el manejo de la estructura literaria (cuento corto). Además, resaltamos la construcción de personajes, el desarrollo del conflicto y el final sorpresivo y contundente relacionado con su título. En cuanto a la presentación formal de los textos, cumple con los requisitos solicitados en el concurso. Reconocemos, también, el buen uso del léxico y de las normas ortográficas actuales.

Conceder el SEGUNDO LUGAR a “Piel en catalejo” por sus cuentos titulados A un hombre generoso y Detenida. Dicha resolución se toma, en el primer caso, por el manejo creativo de las metáforas relacionadas con el tema del sexo; en el segundo caso, por la representación de la actualidad respecto al abuso sexual. En ambos textos, se evidencia el trabajo literario, el cuidado en el uso de las normas ortográficas y el manejo idóneo de la estructura narrativa.

Conceder el TERCER LUGAR a “Z. errería” por sus cuentos titulados Piel de ciruela y Quel titulo si muera. Dicha resolución se toma, en el primero, por la representación de la cotidianidad de los sectores marginados de la sociedad actual costarricense y por el esfuerzo de mostrar el lenguaje coloquial y las metáforas imbuidas en el texto. En el segundo, resaltamos la originalidad en el uso de recursos literarios para crear una historia.

Recomendamos, para todas las obras por publicar, una exhaustiva corrección de estilo, con el objetivo de optimizar su presentación editorial.

Así mismo, convenimos conceder MENCIÓN HONORÍFICA a los cuentos: El contrato, presentado bajo el seudónimo de “Gaspar Pardo Duarte”, y Athanasía, presentado bajo el seudónimo “Centauro”.

Por último, deseamos dejar constancia de la calidad de los cuentos recibidos, a pesar de que no todos han podido ser reconocidos con un premio o una mención.

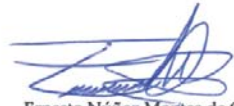
Sin más, firmamos en San José de Costa Rica, a las 21:00 horas, del día 15 de setiembre de 2019.



María Benavides González



Maureen González Jones



Ernesto Núñez Montes de Oca

Primer lugar

Luis Fernando Montero Bonilla

Pa

Los puntos de su brazalete

Ese era el secreto para ir rápido, alargar los pasos tanto como pudiera sin importar que tras unos minutos le llegaran a doler las piernas; pero jamás correría, no quería llamar la atención, a pesar de haber olvidado que aún cargaba la pistola tibia en su mano. Mientras tanto, observaba satisfecho cómo en el dispositivo de su muñeca aumentaban rápidamente sus “puntos de hombría”.

Aprovechó el carnaval para mezclarse con el gentío de manera que pareciera profesional y no cobarde, ya que eso le restaría puntos. Quizás nadie prestó importancia al arma pues decenas de niños de su edad llevaban también unas parecidas, con las que disparaban agua a jovencitas para transparentar sus blusas y encontrar lo que solo en internet o en sus madres habían visto. Cuando lo lograban, él aprovechaba y se volteaba sin disimulo para ver la curvatura de sus pezones, mientras se humedecía los labios con antojo. Pero él no era un niño, ser niño es aceptar la fragilidad, y hubiera sido ofensivo suponerlo frágil.

No había usado su arma ese día. Desde que la robó solo había practicado con latas, botellas y perros escuálidos. A mujeres y niños jamás les dispararía, porque solo los cobardes hacen eso. Tampoco a hombres, todavía, y hoy que tuvo la oportunidad no lo hizo, sino que usó su pistola para noquear a aquel que le ordenaron matar. Tras hacerlo pensó que lo haría más hombre no depender de un arma, sino asesinarlo con sus propias manos. Así que una vez inconsciente lo golpeó con todas sus fuerzas en la cara hasta que le dolieron sus nudillos, mientras el marcador de su brazalete comenzaba a ascender.

Pero sería más hombre si pudiera sacarle más sangre, así que tomó una roca y con repetidos desplomes le destrozó el cráneo, al ritmo de chapoteos rojos que colorearon el asfalto. Incluso unas gotas cayeron en su boca, y degustó el sabor metálico de la virilidad. Una vez seguro del resultado, aprovechó para tomar cuanto encontró en su billetera y comenzó su huida.

Mientras regresaba a su hogar abriéndose paso entre la fauna urbana olorosa a sobaco, recordó aquel día, años atrás, cuando al lado del árbol semillero frente a su casa, su padrastro le regaló su brazalete de hombría. Era imprescindible para todos los hombres de verdad. Quienes no lo usaran, seguramente querrían esconder su falta de testosterona.

Fue con su padrastro que añadió los primeros puntos al brazalete, e inició su carrera para ser varonil, en aquella época inocente cuando le enseñó que mientras más largo escupiera, más hombre sería; así que se esforzó, aprendió, y sin dificultad sobrepasó a los niños del barrio. También aprendió con él que los hombres solo deben orinar de pie y ruidosamente, y cada vez que lo hacía uno o dos puntos se sumaban a su marcador, misma cantidad que se restaba cada vez que iba al baño y orinaba sentado.

Fue sumando puntos al asimilar que un hombre de verdad nunca debe limpiar, barrer ni lavar. Tampoco ayudaba a su madre mientras ella hacía quehaceres, y no sentía culpa por ello, pues los puntos de hombría se sumaban a su total.

Entendió que los hombres no pueden ser tan débiles como para detenerse a ayudar a otros, que deben fuertes, que solo así prevalecen, y que si alguien necesita ayuda es porque es frágil e inútil.

Con sus amigos de la escuela ensayó más lecciones. Aprendió con ellos a insultar, a burlarse de cualquiera que fuera diferente, imponerse ante los gordos, las niñas y los que tuvieran la piel más oscura; ser mejores que la conserje e incluso que aquella pequeña profesora tan tonta que guardaba esperanzas en ellos y los trataba siempre con paciencia y cariño.

Aprendió también que solo los afeminados se preocupan por el cuidado personal. Que no hace falta ponerse desodorante ni lavarse los dientes, y no bañarse de vez en cuando tampoco está mal. Que puede eructar y soltar gases cuando quiera, que no importaba gritar ni reírse a carcajadas cada vez que le entrara en gana. A él nadie lo calla ni lo obliga a nada, es hombre, y con esa satisfacción de sentirse imponente, subían y subían los puntos de su marcador a niveles muy por encima que los de los demás niños de su clase.

Ser una persona pasiva implica debilidad. Él debía ser fuerte, violento, un macho verdadero que resolvía todo a su manera. Fue con este pensamiento que llegó a los catorce años, ingresó al colegio, y empezó a desarrollar una barba más frondosa que las de sus compañeros, aunque vergonzosamente escasa todavía. Pero tenerla le garantizaba más puntos, tantos como aquellos que ganó al comprender que era el más fornido de su clase, el de la voz más grave y el que tenía el pene más grande.

Pero al poco tiempo los orgullosos puntos se comenzaron a estancar. No podía demostrar más hombría si se mantenía entre niños de colegio. Por eso dejó a un lado sus clases e ingresó a una pandilla, donde estaría con hombres de verdad, y donde estaba seguro de que su hombría podría proliferar en la máquina en su muñeca.

Su primer requisito para ingresar fue robar un arma. El segundo, matar a un integrante de una pandilla contraria.

Aprovechó la época del carnaval, cuando el ruido era intenso y la ciudad se trastocaba; cuando los niños gritaban y llovía harina, espuma y confeti en las calles; cuando todo parecía un juego, todos se amontonaban para reír, y a nadie le importaba nada más que la fiesta popular.

Tan feliz marchaba después del asesinato, con la pistola en su mano y los puntos ascendiendo en su brazaletes, que no se enteró de que un grupo de camaradas del muerto lo seguían. Es por eso que no estuvo preparado cuando, al llegar a su casa, dejaron volar cientos de balas que despedazaron su cuerpo, derramando sesos en la entrada de su hogar.

Como lluvia que chapotea, los puntos diluidos en la sangre del joven abonaron el tronco del árbol semillero frente a su casa. Fue así como lo encontró su padrastro al anochecer, con el brazaletes aún intacto, ahora en cero, reducido de golpe por el grito agudo que soltó al ver a la horda pronta a matarlo.

Él no lloró, ni siquiera al enterrar las sobras del niño, porque era más importante conservar los puntos de su propio brazaletes que demostrarse débil ante La Hombría.

Por un lindo vestido

Mi abuelo no quiere venir a verme al hospital. Dice que le doy vergüenza y que es mi culpa, y yo no entiendo aún qué hice que estuviera mal.

No, sí sé por qué está molesto, y sé que aprieta fuerte los puños al pensarme hasta que le sudan las manos. Pero es que él es así, no le gusta cuando las personas piensan de una forma distinta a como lo hace él.

Todo empezó esta mañana. Salí a caminar por la calle con mi lindo vestido. Es mayo y aún no comienza la temporada de lluvias. Las calles emanan olor a sal y la arena se incrusta en las plantas de los pies. Ansío que llueva para que la tierra se humedezca, se vuelva resbalosa y fértil, expuesta a ser penetrada por raíces que se deslizan por cada orificio donde logran darse apertura; y abunden zumbidos y golpeteos de abejones ebrios por el vapor y el bochorno.

Pero hoy hacía calor, así que decidí usar vestido, para que el viento subiera calladito desde mis pies y me refrescara con una corriente que pudiera atrapar dentro de mi falda.

Mamá Ayanna me regaló una semilla, una grande como de aguacate, y con sus manos negras la enredó entre los nudos de mi cabello largo. Dijo que se me veía bien y que combinaba con mi vestido. Ella es así, siempre sabe cómo hacer que sienta bonito. Entonces regué la semilla con agua de lluvia, para refrescarnos y sentir que había vida en ella.

Pero cuando salí a la calle noté que todos me miraban. Veían con atención mi cuerpo, mis pies y piernas, miraban mi rostro y la semilla sobre mi cabeza. Sé que mi abuelo me hubiera dicho que eso me pasa por salir con ese vestido a la calle, que me estoy exponiendo a que los demás puedan decirme o hacerme cosas, como si la ropa definiera las reglas calladas del comportamiento ajeno.

—¡Hola, guapa! —Me dijo un tipo.

Cruzamos una mirada de asco mientras él me mostraba su boca sucia al reír. Pero la frase se reprodujo repetidas veces con cada

cuadra, acompañada de silbidos indiscretos. Sentí la presión de ser un centro de atención en mi nuca, de que hombres y mujeres me miraran un poco con repulsión, y otro poco con curiosidad.

Fue entonces cuando vi a mi abuelo, caminaba en dirección contraria. Mi garganta estaba seca, como si una cobija fibrosa se adhiriera a las paredes de mi laringe. Al principio no me reconoció, o quizás deseaba no hacerlo, y es por eso que cruzó la calle. Pero cuando sus ojos vieron mi rostro, mi cuerpo y mi lindo vestido, vi en ellos decepción, desesperanza total en mí. Ni siquiera me saludó, sino que movió su cabeza levemente de lado a lado y dobló en la siguiente esquina.

Mientras tanto, las personas en la calle seguían observándome. Cada vez eran más frecuentes y penetrantes sus comentarios y bur-las, hasta que en un trayecto solitario me arrinconaron entre varios hombres y me trataron de tocar. Me parecía repugnante. Me resistí y fue entonces cuando me insultaron, me golpearon, y ya en el piso me patearon en la espalda y la cara, hasta que a punto de caer inconsciente, entre gritos y risas, vi sus suelas manchadas con mi sangre, y recordé la vergüenza en los ojos de mi abuelo.

Ahora estoy en el hospital. Las paredes aquí no están nunca sucias, pero se ven eternamente viejas. Acostado, empiezo a medir las líneas del techo y a recordar la escena, mientras se humedecen mis ojos por el dolor cuando se disuelve la anestesia.

Siento la semilla en mi cabeza brotar entre cavilaciones. De su centro nacen pequeños pezones blancos que se expanden y se alargan como hilos entre la maraña de mi cabello. Las raíces de la semilla penetran por entre el cuero cabelludo y atraviesan los poros de mi cabeza hasta entrar a mi cráneo. Dermis y caliptra se diluyen, entonces la cofia penetra en mi cerebro y abstrae lo más profundo de un ser con asco y miedo al mundo, uno que sabe que de pedir usar vestido será burlado.

Las raíces de la semilla encuentran las mías propias, y siento que chupan a pocos la vida que me resta, la que me dejaron los golpes. Los hilos rugosos desgarran mi carne, y como embrión que se abre en pétalos la semilla se parte y explota en miles de ramas verdes que

se expanden por la habitación, y suaves me cubren y entretejen un vestido de hojas.

Me llamaron maricón, dijeron que no querían playos en esa ciudad, que yo era un asco. Me llamaron travesti de mierda, y aunque traté de hablarles de nada sirvió. Yo no soy gay, nunca lo he sido. Tampoco soy travesti. ¿Qué significa vestirse de mujer? ¿Qué es sentirse hombre? Yo me siento yo, no sé sentirme otro. La ropa no tiene género, y yo solo deseaba ponerme un vestido. Eso era todo. Pero aquí estoy, despreciado y humillado. Quizás es una libertad más que hace falta conseguir, pero no es fácil cuando el colectivo no apoya.

Ya sin fuerzas, sobre la cama del hospital cierro los ojos, sin mi abuelo, y con una linda flor que duerme sobre mi almohada.

Esta mañana me sentía bonito, y eso está bien.

Borborigmos

Me llamo Abigail Buitre, y cuento esto porque me pidieron hacerlo. ¿Quieren saber cuál fue la condena durante toda mi vida? Mi nariz. También mi familia, o más bien mi padre. No es porque me llevara mal con él; por el contrario, siempre fuimos muy cercanos, pero fue él quien me heredó a mí, y solo a mí, esta nariz aguileña.

¿Saben? Cuando se es mujer y se tiene esta nariz, las personas se burlan constantemente. Con los hombres no es tanto, porque se les perdona más el físico. E imagínense, es peor cuando, además, se carga con un apellido como el mío: Buitre. ¡Cuántas veces se habrán reído de mí en la escuela! Y aún ahora. Creen que no me doy cuenta, pero sé que lo hacen.

De papá también se reían. En el trabajo, en el barrio... “Memo el Buitre”, le decían, y él siempre se callaba. Fue un tipo bueno, muy bueno, y todos se aprovechaban de eso. Bastante difícil fue su vida como para preocuparse por su nariz. Tenía que lidiar con el resto de mi familia, trabajar noches y días para que nunca nos faltara nada. Cada día su cara amanecía perpetuamente arrugada, con ojos despiertos y ojeras permanentes. Sentía la obligación de ocuparse únicamente de que su esposa e hijos tuviéramos todo. Pero él siempre fue así, terco para darnos aún sin merecerlo.

Yo a papá lo quería, pero nunca llegué a entender cómo él quería a mamá, ya que varias veces lo había engañado y luego de su último parto empezó a beber. A partir de entonces fueron pocas las veces que la vi sobria, o siquiera levantada. Pasaba días enteros en cama mirando la televisión, con una botella de guaro en una mano y el control remoto en la otra. No comía, casi no vivía, incluso dejó su trabajo sin motivo ni anuncio. A sus cuarenta años llegó a pesar menos de cuarenta kilos, era solo huesos y piel arrugada. Pero aun así papá la quería, y era él quien salía cada mañana a comprar las ocho botellas diarias que tomaba.

Tampoco entendí por qué quería a mis hermanos. Ambos heredaron el físico de mamá: eran delgados, de ojos grandes, piel pálida y sonrosada y una dentadura muy irregular. Ni siquiera habían concluido la escuela a sus quince años. Saborearon la bebida y las drogas desde que tenían diez, por presión de otros chicos, y eran ellos quienes, cada vez que podían, desaparecían uno o dos billetes de la billetera de papá. Era por ellos que a veces no teníamos dinero ni siquiera para comer, y sobrevivíamos con un tomate y una bolsa de arroz varios días; y claro, luego reclamaban a gritos por comida. Pero papá era un poco tonto, y siempre que podía les traía regalos.

A mí papá nunca me trajo regalos. Siempre traté de ser su hija favorita, estudiaba hasta la madrugada y sacaba buenas notas. Y a veces sentía que papá no me trataba como a una hija, sino que me veía como una igual, y esperaba siempre más y más de mí sin felicitarme por mis logros. Quizás es porque sentía que yo era buena como él. Es como si dijera: «Es lo que esperaba de mi hija». De su hija que resultó ser su imagen: de ojos pequeños, piel seca y nariz aguileña, como un pico.

Muchas veces me pregunté por qué papá era así, tan bueno. Quizás porque con él todos fueron malos, hasta mi abuelo, que siempre lo despreció, incluso una vez le rompió un hueso de la mano. Pero papá, en vez de ser igual, decidió ser siempre atento a los demás. Por esto todos lo tacharon de débil, le decían que el apellido le quedaba grande, le repetían con acciones su fragilidad, y por no imponerse hasta su familia se aprovechaba de él.

Papá era viejo. Muy viejo, la verdad. Cuando se casó con mamá, él tenía mucho dinero y cuarenta años, ella veinte y muchas deudas. Para cuando yo estudiaba en el colegio, ya él había perdido su cabello, su nariz se había curvado más y su piel se había arrugado, y una larga barba blanca caía bajo su cara. Tan viejo era él, que no había cumplido yo mis veinte cuando ya estaba por pensionarse. Y nunca olvidaré cuando dio el anuncio en casa: mis hermanos empezaron a pelear entre ellos sobre cómo se repartirían el dinero de la pensión, y mamá dejó salir una expresión de desagrado como quien no quiere tenerlo cerca todo el día.

Pero papá nunca cobró su pensión. El día de su cumpleaños amaneció quieto y frío sobre la cama, al lado de mamá. Mi hermano nos llamó a todos a gritos roncocos, casi sin voz por culpa del cigarro. Mamá aún no se había despertado. Llegamos corriendo y ahí lo vimos, pálido, con el semblante cansado. Fue entonces cuando todos en mi familia se abalanzaron sobre él para llorar. Ni siquiera decían nada, solo lloraban, y yo miraba la escena desde la puerta pensando en lo hipócrita del cuadro. Es como si quisieran cobijarlo con plumas luego de haberle chupado toda su vida.

Ahí estaban, tres idiotas derramando lágrimas sobre mi buen padre. Yo lloraba también por él, desde la puerta; me daba miedo mezclarme con los otros, manchar su pureza póstuma. Pero ellos no. Lo abrazaban, lo besaban, restregaban sus rostros en sus ropas, sostenían su cara, tomaban sus manos, apretaban su piel, lo mordían, apretaban sus mandíbulas sobre su carne, arrancaban trozos de él y brotaban chorros de sangre fría, halaban y desgarraban, y abrían su cuerpo para devorar más fácilmente sus entrañas.

De vez en vez abrían sus brazos manchados y gritaban. Saciaban su hambre con el cuerpo de mi padre, mientras las fibras entrelazadas de las sábanas se iban tiñendo de rojo. Yo los veía, y de mi vientre emergían borborismos que anunciaban el culmen de la hambruna. Mi estómago estaba vacío pero mi corazón se negaba a tocar a quien hubo sido papá. Mientras tanto, sus caras se empezaban a ver menos humanas, sus cuellos se alargaban para facilitarse el festín y sus ojos parecían salvajes. Arrancaban sus entrañas con facilidad, y una vez afuera de él las tragaban casi sin masticar.

Al principio no quería participar de esa carnicería. De ser cualquier otro, no hubiera tenido inconveniente alguno. Pero era papá, y sentía que no era pertinente, que él jamás me hubiera comido, que no se hubiera comido a nadie... Pero el hambre era intensa, y el cuerpo de mi padre se ofrecía fresco y grande ante nosotros. Entonces me acerqué, paso a paso, casi con pequeños brincos, y al avance mi estómago me convenció de que ya había muerto.

Mis hermanos trataron de evitar que comiera. Querían el cadáver todo para ellos, pero los hice a un lado con violencia y me tiré

directamente al pecho abierto de papá. Sentí cómo al hurgar con mi cara, la punta de mi nariz rozaba su corazón quieto, y al hacerlo por instinto abrí mi boca y mordí, sin importarme nada. Yo siempre supe que el corazón de papá era suave, porque él era un hombre frágil, pero ahora descubrí que sabía a crudo. Halé con fuerza y su sangre se vació en mi boca, mientras mi madre y mis hermanos gritaban alrededor, queriendo espantarme para comer también.

Tres días y tres noches tardamos en comer el cuerpo y beber la sangre de mi padre. Al final no quedaron nada más que sus huesos grandes, porque los pequeños y frágiles no se desperdiciaron. Luego mamá se acostó a beber el alcohol que le restaba, y mis hermanos salieron de casa sin decir ninguna palabra. Yo me dediqué a limpiar, guardé sus restos en una bolsa y los enterré en el jardín. Después de eso, nunca conté a nadie de lo sucedido, hasta ahora.

Espero que puedan entender que quizás todos ustedes hubieran hecho lo mismo en esas circunstancias.

No lo nieguen. Es nuestra naturaleza.

Miel de chiverre

Tengo los ingredientes sobre la mesa, aunque no son muchos. Siento un picor dentro de la nariz cuando el olfato se despierta con cada aroma. Uno nunca sabe cuándo puede ser el último plato que trague, ni cuándo puedo llegar a mi hora. Pero, ¿miel de chiverre? Diay, es el antojo. Entonces acá estoy, con un gran chiverre (no se burlen), canela en rama (como la canción), clavos de olor (como los del crucificado), agua (que se nos acaba) y tapa y media de dulce (o panela, como le querás llamar).

Peso 173 kilos y medio. Dice el doctor que no estoy bien, que debo bajar de peso porque mi salud peligra. Lo dice entre risas, cuidando sus palabras para no ofenderme, aunque muy por dentro ambos sabemos que ya ha pensado dos o tres chistes al respecto. Pero él no tuvo nunca problemas de tiroides, tiene esposa e hijos, y cuando declaró su amor por primera vez muy probablemente no recibió un “¡Ni loca!” como respuesta.

Lavo el chiverre y pienso en la miel. Es una miel que hace que las glándulas salivales exploten de deseo ante el dulce. Es quizás puro antojo, pero la quiero como se quiere un beso, como aquel que me dio Isabel, el último que alguna vez recibí. ¡Cómo me gustó a mí ese beso!

Le quito la cáscara al chiverre y poco a poco mi mente se desvía hacia la idea de que ojalá fuera así de fácil quitar capas de mí, achicarme el cuerpo con un cuchillo para que todos dejen de burlarse. Entonces tomo el cuchillo y lo presiono sobre mi panza, sin deslizar para no cortarme, pero presionando con la fe de que se sumerja y traspase como si fuera plasticina. Luego me detengo, me da miedo el dolor.

No recuerdo cuándo fue la última vez que mamá me levantó para abrazarme. Creo que lo hizo estando yo aún chico, y dentro de una piscina, porque no me soportaba ya. En la escuela tampoco me soportaban. Todos esperaban que el gordito fuera divertido, para compensar la apariencia. Pero es difícil aprender a ser

divertido cuando me insultan y se ríen una y otra vez por las estrías en mi panza, por las tetas que me cuelgan, por el sudor abundante o incluso por acercarme. Ellos esperaban que me riera de mí junto con ellos, porque no hay nada más divertido que un gordo burlándose de sí mismo. Fue por sus bromas que me alejé, que ya no quise más estar con ellos, y no jugaba con los niños de mi clase, nunca fui su amigo.

Parto el chiverre por la mitad con mucho esfuerzo y oigo el aire romper el vacío que deja la fruta. Nunca me advirtieron que sería tan difícil prepararlo solo. Entonces le arranco las semillas y pienso en todas las personas que se han burlado de mí, que me han dicho groserías, y deseo arrancarles las tripas así como lo hago con el chiverre. Pienso en aquellos excompañeros prepúberes que tanto se rieron de mí con sus vocecitas agudas. ¿Sabes? Los niños pueden ser crueles aún si no se lo proponen, y lo más cruel de todo es que no lo hacen con mala intención, solo se permiten ser honestos.

De niño nunca logré acostumbrarme a que todos mis compañeros y los profesores de Educación Física me obligaran a jugar fútbol. A las niñas nunca las obligaban, pero a los niños sí, aunque no quisieramos. El sistema educativo o la falta de creatividad nos imponen el fútbol desde chicos, y ellos no querían aceptar que no me gustaba, que ese es deporte de once y once flacos corriendo detrás de una bola.

Sobra decir que nunca me consideré el chico estereotípico al que le gustaba el deporte, a pesar de que todos creen que a los niños nos debe gustar. No entendían que si jugaba de portero era por cobarde, para que no se rieran ni me insultaran por correr lento o hacer perder al equipo, no para que me tiraran la bola tan fuerte como pudieran porque me dolía. Pero si me quejaba se reían más de mí, ya que debíamos ser valientes y soportar el dolor.

Hago trozos el chiverre y lo majo a martillazos. Le doy con todas mis fuerzas e imagino sobre la mesa los cuerpos machacados de esos chicos que alguna vez me lastimaron, o los de aquellos flacos que se llaman gordos solo porque les gusta comer, sin haber sufrido en cuerpo y emociones las burlas por ser gordo, como si

fuera una broma. Le doy hasta que se me cansa el brazo. Entonces miro el celular pero no me entra aún ningún mensaje que me haga cambiar de opinión. Pongo el chiverre a escurrir y tomo los próximos ingredientes.

Cuando era chico, mi padrastro me repetía que no me encorvara, que caminara recto, que solo las niñas de mi edad inclinaban la espalda porque les empezaba a crecer el pecho y les daban vergüenza y miedo las miradas. Pero a mí también me daban vergüenza mis senos, porque crecían más incluso que los de mis compañeras, y cómo todos se reían porque soy un hombre con busto grande.

Él también decía que nosotros debíamos ser fuertes y no llorar nunca, y que si en la escuela me molestaban yo debía defenderme y pegarles. Pero yo no quería pegarles, nunca sentí que resolviera nada. Además, probablemente todos me ganarían. Pero a mi padrastro no le importó, él quería hacerme alguien fuerte. Quizás por eso cada vez que me pegaban en la escuela, él me regalaba una segunda sesión en casa.

Trato de olvidar el recuerdo, no quiero que me perturbe ahora. Cuando uno cocina la comida absorbe el sentimiento y lo mezcla con los demás ingredientes. Entonces pongo música alegre y movida que me haga querer bailar, aunque no sé hacerlo, porque siempre me dio pena bailar en público por miedo a las burlas. Una vez que ambiente para bien, en una olla coloco la panela con un poquito de agua y la dejo derretir, y una vez suave le pongo canela y clavo de olor. Espero que no se me haya colado un poquito de miedo en la receta.

Tengo treinta años y nunca he tenido novia. Sí he besado, mi primer beso me lo dio una chica llamada Isabel. Mis primos me dicen que soy un loser, que cómo no he tenido novia, que basta con hablarle a una chica y decirle con sinceridad que me gusta, y la oportunidad surgirá. Sí, lo intenté a los seis años con Diana, a los siete con Mariana, a los ocho con Luisa y Montserrat, a los nueve con Sandra; a los diez con Cinthya, con quien continué encantado dos años más; a los trece amplí mis gustos y me le declaré a Paola

y Anastasia, a los catorce a Kembly, a los dieciséis a María. ¿Quieres que siga? ¿Y sabés qué? La respuesta no varió más que en su intensidad o sus palabras, pero la intención fue la misma: “ni loca”. No, a los gordos no nos quieren de primera entrada. Dejé tus frasecitas de libro de autoayuda y body-positive, que vos no vivís lo que vivo yo.

Agrego el chiverre a la mezcla y pienso en la connotación de la palabra. ¿Acaso el chiverre se limita a las panzas de mis tíos borrachos que se hinchan hacia el frente totalmente redondas, mientras el resto del cuerpo se engrosa poquito? Revuelvo los ingredientes y recuerdo que es por este cuerpo grande que nadie me quiere, que nadie me desea.

Mis primos también me dicen que cómo es posible que aún no me haya estrenado, cómo no se la he metido a nadie. Me presionan para tener sexo. Me ofrecieron llevarme a un prostíbulo para hacerlo, con cualquiera, solo importaba hacerlo. Pero me negué, y mientras ellos se reían y me empujaban, yo solo podía decir “no” bajito y mover la cabeza, mientras mi papada se deslizaba de un lado a otro llena de sudor. Yo no quiero que mi primera vez sea en cualquier piso con una vieja balanceándose sobre mi panza. Tampoco quiero sentir que pude apoyar tal mercado.

Mis tíos se burlan de mí (¿quién no?). Ellos tienen chiverre, yo tengo grasa. Bromean entre ellos y no sienten pena por su cuerpo. Se ríen y me recuerdan constantemente que estoy gordo, como si no me hubiera dado cuenta. Parece que para ellos la burla es una parte intrínseca de vivir. Me reclaman como si controlara mi tiroides, e insisten que cambie para ser delgado y tener una mandíbula definida.

Miro el chiverre en la olla teñirse de panela como si se sonrojara, así como me sonrojé yo aquella única vez que Isabel me besó. Está casi lista la miel, la que escogí que sería mi último dulce, antes de que la tiroides, el mundo o yo termine con todo.

Voy a decir lo que pocos se han atrevido: tengo miedo de ser lo que casi todos los hombres creen que significa ser un hombre.

En rumano pa significa adiós

¿Puedo decirle pa? Quizás “padre” sea más formal, pero nunca supe cuál era su nombre. Cuando le hablaba a mis amigos de usted siempre decía “aquel”, “ese” o “el primer esposo de mi madre”; pero, ¿“papá”? Nunca.

Cuando me preguntaban en la escuela por usted nunca sabía qué decir. Me acostumbré en ese entonces a decir que mi mamá era también mi papá, como si fueran roles distintos. Recuerdo que una vez incluso dije que no tenía papá, y la idiota de la profesora no entendió y me dijo que no era posible que alguien no tuviera. ¿Pero qué se supone que dijera? No recordaba de usted más que un bigote frondoso que por suerte no heredé.

Creo que es algo usual. Ustedes tienen una especie de complejo de Ulises: cuando los hijos son pequeños se van y no volvemos a saber de ustedes en veinte años. Y en veinte años no pagan pensión, no saludan, no escriben nunca. Aun así, no importa, tampoco duele. No es difícil acostumbrarse a la ausencia de lo que no se tuvo. Pero temía heredar su forma de ser, es por eso que cuando cumplí diez años, al soplar las velas, deseé con toda el alma no parecerme nunca a usted.

Sé que la distancia no fue su culpa. Sé que mamá fue quien lo echó, y quien se las ingenió para que nunca nos volviera a ver. Pero seamos honestos, tuvo sus razones, y usted tampoco se esforzó por conservarnos. Buen padre nunca fue. Mucho menos buen esposo. Con ninguna de sus dos familias, cabrón.

Lo más lejano que recuerdo que alguna vez vivimos fue cuando me dio mi primera cerveza. ¿Cuánto tenía yo? ¿Cinco años, quizás? No era dulce como me decía, y sentí cómo punzaba al bajar por la garganta. Quizás fue bueno que me la diera a probar en ese entonces, porque me marcó y nunca más quise volver a probarla.

También recuerdo la vez que usted nos preguntó si era cierto lo que decían los papeles de los Tribunales, que nosotros habíamos dicho ante un juez que no queríamos volver a verlo. Le seré

honesto, en ese momento no recordé haber jurado nada. Mis visitas al psicólogo y al Juzgado me intimidaban. Pero yo sabía que mamá se enojaría conmigo si decía que no era cierto. En todo caso, tampoco me hizo mucha falta.

Luego de que mamá terminó con su tercer novio después de usted, ya ni siquiera me preocupé por caerles bien. Empecé a aceptar que todos son efímeros. Es por eso que me dejó de importar conocerlos, allá ella. Por mi parte, empecé a tomar mi propio rol de “hombre de la casa”. Me dediqué más a la limpieza, a ayudar a mi madre, a tener todo ordenado mientras ella trabajaba. Y de entre todos mis hermanos, procuré ser el primero en todo. Ya me había aburrido de esperar depender de papás postizos, y me llevé mejor con mi propio orden.

Algo que me costó definir fue qué tanto debía podar las ramas de mi árbol familiar. Cortarlo a usted era arrancar la mitad de la planta y desentenderme de todo mi primer apellido.

Separarme de sus papás no fue problema, de sus hermanos tampoco, pero nunca pude cortar lazos con mis primas. Durante mi adolescencia estaba seguro de desprenderme totalmente de ellas, que no eran familia ni tenían nada que ver conmigo, pero con los años comprendí que de nada valía, que estaban en la misma situación que yo, que no tenían la culpa y que quizás la solidaridad era primordial.

Y con respecto a desentenderme del apellido, ¿para qué cargar con un apellido que no me pertenece, de una familia que no me conoce? Y peor aún, saber que si algún día tengo hijos, la hijueputa ley patrilínea me va a obligar, quiera o no, a heredarles la pertenencia cual si fuera un clan.

Fue cuando cumplí los veintitrés que decidí escaparme un tiempo, aprovechar que nada me ataba para desprenderme de Costa Rica y viajar a cualquier lugar del mundo. Es así como llegué a Rumanía, sin conocer la lengua ni la cultura.

Allá todo es distinto. Ahí hace un calor del carajo en verano, y uno muere de frío en invierno. Pero en Costa Rica casi nadie sabe

eso, sino que relacionan el lugar con Drácula. Ese, el que mataba lentamente, igual que usted.

A veces quisiera agarrar toda la rama familiar y rasgarla hasta hacer una estaca, para clavársela en el corazón y desprenderme de sus recuerdos para siempre. Dicen que así se mata a un vampiro, pero podría jurar que cualquiera moriría aún sin serlo.

¿Sabe qué fue lo primero que aprendí allá? En rumano pa significa adiós. Ahí al papá le dicen tata, igual que en Costa Rica. Pero no, pa implica irse. Como si fuera una parte gramatical intrínseca de paternidad: pa-eternidad, si se juntan las palabras es como si dijera “el eterno adiós”.

¿Puedo decirle pa? No recuerdo nuestra despedida.

Después de un año regresé a Costa Rica, allí me reinstalé y me casé. Ya terminé mis estudios y me dedico a trabajar. Pero no sé por qué lo cuento, de seguro a usted no le importa.

Hace una semana, caminando por Cartago, lo vi. Allá iba usted de la mano de una niña. No sé cómo lo reconocí, seguro porque vi mi rostro en el suyo. Toda mi infancia mis tíos me recordaban que de los tres hermanos fui el único que salí igualito a usted, como si me fuera a emocionar por eso. Pero se ve que tenían razón. Ahí estaba, moreno, gordo, y con el mismo bigote que recordaba de aquel entonces. Eso sí, mucho más canoso.

Mientras lo vi alejarse lo pensé, tomé todo el aire que pude para soltar un grito apenas audible. Pero lo dije, lo vi caminando y lo hice:

—¡Pa!

Pero no me vio. No me escuchó o no me reconoció. No importa, hice lo que tanto tiempo había esperado, y con ese grito pude cerrar el ciclo.

Yo también camino ahora de la mano de un niño, a quien ya le enseñé a decir papá.

Segundo lugar

María Pamela Sandí Villalobos

Pieles en catalejo

A un hombre generoso

Han pasado dos semanas desde aquella noche lluviosa. Sé que acordamos mantener en reserva absoluta la fogosidad del encuentro furtivo; pero, me han ganado las ansias, dos asuntos principales emergen en mi pensamiento hasta erizar cada cabello de mi cuerpo.

El primero, el agradecimiento. Sos un ser humano muy dadivoso; y no lo resalto solo porque siendo yo una desconocida corrieras a mi lado con tu paraguas para evitar que me empapara, sino por la naturalidad con la que tu brazo asido a mi cintura me arrastró hacia el refugio que formaban aquellos dos edificios de techos disímiles. Bendito callejón que nos resguardó del cielo destilado.

Es curioso eso que llaman destino, pues la cadena de eventos nos presentó: aquel rayo hizo sucumbir al tendido eléctrico, la casi media noche fue el biombo cómplice del vacío en las calles; y el clima, ¡ah, el clima fue el broche de oro! Hizo que se agotaran los taxis en el centro de la ciudad. Así, nuestro escenario fueron las penumbras; los relámpagos, las luces que perfilaron nuestros cuerpos; y el frío, el enemigo que nos empujó a la fricción del deseo para espantarlo.

«Soy Víctor», dijiste. «Aún rodeada de tanta agua estoy sedienta», respondí, acercándote deseaste quitarme la capucha de mi abrigo como quien busca un nombre en un rostro. Detuve tu mano y jadeante argumenté: «¡Sin cara, sin nombre, sin límites!». El beso desafortado al pegarme de espaldas contra la pared firmó nuestro contrato pasional.

Sin más, continuaste con tu generosidad, tu saliva demarcaba una secuencia de besos húmedos que seguían el rastro tatuado en mis venas palpitantes, desde mi yugular pasando por mis pezones y por mi abdomen hasta descender a mis labios que te recibían jugosos, hinchidos y vibrantes. Mi sexo arrebató de tu boca el primer estremecimiento que hizo flaquear mis piernas. Tan agradecida estaba que decidí corresponderte, pero justo cuando mi lengua se acercaba a la porción rígida, caliente y succulenta donde degustaría

las primeras gotas del elixir de los dioses, decidiste jugar: «¡No querida, si tenés sed beberás hasta el final!». Aún puedo sentir esas manos fuertes y un poco encallecidas apretándome de los muslos, propinándome nalgadas y revivo una y otra vez las embestidas que recibí hasta percibir que mis entrañas se revolvían en un ir y venir ahogado en ondulantes movimientos.

Cuando estabas apunto de saciar mi sed, me arrodillaste y ahí, supe que correspondería a tu generosidad. Escupí en el brillante carmesí, apreté con una de mis manos y ágilmente la mecí desde la base hasta la punta; mientras succionaba tu escroto y palpaba tus temperados testículos. Verás... es aquí donde entra el segundo asunto que me emociona, menos importante a mi parecer que el primero, no obstante es una cuestión de cautela más que de advertencia. Mientras me deleitaba en tu voluptuosidad decidí que eras el hospedero indicado. Y con pequeños mordisquitos, esos que te hicieron contraerte de placer, inyecté mis larvas en aquella piel blanda, rugosa y tibia. Definitivamente, el lugar perfecto para que mis tórsalitos crezcan. Si no me falla la cuenta creo que serán sextillizos.

Así que, no te extrañés, querido mío, si has notado un mayor tamaño en tus partes nobles, o algunas secreciones, es normal. Tampoco te alarmés por el aumento

en tu temperatura o por los tirones que dan las larvas a tu piel. No son peligrosas; solo si se extraen, pues la infección provocaría la mutilación total de tu aparato reproductor externo. Pero no pensés en eso, porque yo los implanté a la perfección y sé que tu gran corazón no intentará extirparlos.

Estoy emocionada, tan solo faltan seis semanas para conocer a mis crías. Una vez más gracias por ser un hombre tan sacrificado, seguí pensando en el bien común. Mis crías y yo te lo agradeceremos de por vida. Y bueno... además hay un regalo para vos, mis pequeños tórsalos en gestación se están comiendo los tejidos y conductos que los rodean, así que, no tendrás que pagar nunca una vasectomía y tenés el beneficio de que este método sí es permanente. Es una noticia genial ¿No te parece?

Espero con ansias nuestro reencuentro. Se despide atentamente,

Derma Tobia Hominis

PD: ¡Por supuesto! Gracias por saciar mi sed aquella noche.

Detenida

Sietemesina acuariana fuerte, de una madre asustadiza y de un padre desconocido. Nací con muchas normas: “No hagas esto”, “No digás aquello”, “No salís sola”, “No, no, no...”, siempre me las ingenié para eludir la mayoría de prohibiciones. Luego supe que hay secretos hasta en las mejores familias y que yo fui el secreto de mamá; supongo que para una quinceañera no es fácil eso de ser madre... Cuando tuve cinco años, si mal no recuerdo, pregunté: «¿Mami, yo tengo papá?»; la respuesta fue inmediata: «¡Por supuesto que tenés, todo el mundo tiene! ¡Pero ya dejá de perder el tiempo pensando tonteras! Mejor pásame las prensas para tender esta ropa».

Lo confieso, ese día ella, la mujer inquebrantable y joven que hasta ahora había hecho todo y más porque nada me faltara se puso roja, luego de colgar tres prendas en el alambre dijo que tenía que ir al baño porque había tomado mucha agua. Años después yo usaría la misma excusa para llorar en el colegio por las burlas de mis compañeros. De eso no hace tanto.

Al policía pareció no importarle el dato sobre mis siete meses de gestación, ni mucho menos el de la orina como excusa para poder llorar en paz. Por cierto... ¿Por qué será que nos escondemos para llorar? Tosí, me aclaré la garganta con un trago de agua, bajé la mirada avergonzada por mis divagaciones. Tomé una gran bocanada de aire y con ese aire me llené de valor para continuar, subí mis ojos para enfrentar la mirada imperturbable del oficial Brenes y le dije: «Estos detalles son importantes, aunque usted piense que son pura mierda». Para cuando de mi boca terminó de salir la palabra mierda ya mi cabeza había imaginado cómo vendrían refuerzos a colocarme esposas y tacharme de peligrosa por andar hablándole “así” a una figura de autoridad.

Me sentí mareada, bebí un trago más del vaso plástico azul que me habían facilitado minutos atrás.

«Señorita, cálmese, si se altera no podremos ayudarla». «¿Ayudarme?» Pensé en que mamá me había enseñado que este mundo es una selva y que el más fuerte es el que sobrevive, solía decir: «Si algo aprendí en el cole fue esto: sobrevive el que se adapta, ese es doña toda —luego agregaba— lo dijo un científico, un tal Drag-queen»; aún recuerdo la boleta por mal comportamiento que me enviaron el día que corregí a la profe de ciencias insistentemente; también recuerdo a mamá y su carcajada viva firmando la sanción: «¡Mira vos, quién diría que ese mae se llamaba Darwin! ¡Si es casi lo mismo!». Mamá, la loca de mamá; a veces ella parecía la hija.

«Sí, señorita, ayudarla, pero sólo podemos actuar si usted se calma y nos da la información relevante. Díganos, ¿cuándo la vio por última vez?». Les dije: «Ayer en la pura mañana», yo sabía lo de esperar las veinticuatro horas y si les decía que había sido hoy no iban a hacer nada. «¿Dijo algo sobre algún trámite o diligencia que tuviera que hacer?», «No, no, ella solo salió me dijo que esto se iba a terminar aquí». «¿A qué se refería con esto? ¿Ustedes discutieron?»

Excepto por la fecha de desaparición no les mentí en absoluto, conté todo y con lujo de detalles, yo sabía que a mamá algo le había pasado, sabía que aquello de salir como alma que lleva el diablo con un machete en la mano no era normal. Sí, mamá era impulsiva, pero ella decía que la vida le había dado tan duro que la había madurado a chilillo. Es curioso a mí nunca me pegó, es más, una vez jugando me metió las uñas y cuando vio salir dos gotas de sangre se puso de rodillas y me pidió perdón, luego corrió al botiquín del lavatorio por el agua oxigenada y su kit de Avon, yo quería seguir jugando la anda. «Pero mami, no siento nada, con la curita voy a estar bien», «¡Dije que ya no jugamos más!», mamá era decidida.

«Señorita ¿llamó a sus parientes o amigos cercanos? Podría ser posible que estuviera con ellos». De nuevo le aclaré al oficial que ni mami ni yo teníamos relación con la familia: «Verá oficial, cuando le digo que mami es de armas tomar quiero decir que mami no se deja, desde los quince se fue de la casa, se alejó de todos, se

desconectó, cambió el calor por el frío y siempre decía que para ser cartaga a ella solo le faltaba el número de cédula, si hasta de equipo de fútbol cambió».

No le dije al oficial Brenes ni a su compañero Vindas que deseaba que mamá estuviera con mis abuelos, que si era así yo quería visitarlos. Mamá tenía sus rollos, pero yo también. Recuerdo bien el día que conocí a los abuelos, yo jugaba a ser ella: me pinté de rojo los labios, me puse su vestido verde menta y me empolvé la nariz, me puse los tacones y bajé uno de sus bolsos, todo en ese orden por eso los polvos cayeron sobre el vestido como prueba de mi delito y como si no fuera suficiente revisé, por mera curiosidad, si aquel bolso doradillo estaba vacío, y fue allí cuando encontré una foto, ante mis ojos estaba mamá como de ocho con una señora que le besaba el cachete mientras con esfuerzo un señor canoso la alzaba, mamá tenía la panza pelada porque en el vacilón de la foto nadie le puso atención al ombligo salido. Yo estaba absorta, estaba pensando en cómo se escucharían las risas de mamá a esa edad, pensaba que hubiera sido divertido tenerla como amiga; pero mis aventureros pensamientos fueron cortados cuando mamá me arrebató la foto: «¡Dejá de registrar lo que no es tuyo mocosa, eso es una falta de respeto!», luego se tumbó resignada en la cama y lo dijo: «Son tus abuelos», «¿Y no los extrañas?», «Son tus abuelos, pero no mis papás, uno no extraña a quienes dicen que se quedaron sin hija», «¿Es mi culpa o fue por papá?», «¡No! Los culpables son ellos que me trataron de puta sin saber que fue mi propio... , su propio...». Mamá sí terminó la frase, pero luego de una gran pausa: «sin saber que fue mi propia decisión», pensé que como yo era una niña había cambiado la historia. Así fue. Mamá ese día también tomó mucha agua y por eso se retiró al baño.

«Katherine, piense ¿alguien cercano, su mamá salía con alguien?». «¡No que va! Mamá sí tenía amoríos, pero decía que eran cosas de una noche, nada serio». Y es que cuando alguno intentaba establecerse le soltaba lo que ella llamaba «la bomba»: «Mirá Zutanito yo alquilo, pero además tengo una hija, y si insistís en algo serio la vas a tener que mantener porque a ella le falta papá y a mí mucha

ayuda, en especial económica». Mamá decía que la paternidad era un espanta maridos certificado.

«¿Algo inusual que notara, Katherine?» Para esta altura yo estaba harta de preguntas y ellos hastiados de mis respuestas. «Ahora que lo menciona... bueno hoy discutimos yo le dije que ya no podíamos vivir como ostras, que yo quería saber mi historia, que quería que me dejaran de molestar, porque mis compañeros de undécimo siempre buscaban algo para humillarme, que si no me decía me iría de la casa». Luego agregué furiosa que «Ahora sí se habían excedido dejándome una carta en la ventana de mi cuarto». Mamá preguntó qué decía la carta y yo se la di de mala gana: «Dice algo de un tío Juan, que me quiere conocer, que yo no tengo la culpa, que lo perdona, que le costó encontrarme y un montón de basura; ¿Mamá por qué no me contás mi historia así dejo callada a esa gente o por lo menos le pongo nombre a tantos vacíos?»

«¿Hoy, pero ella no desapareció ayer?, ¿Katherine, usted ha estado dando declaraciones falsas? Nos hace perder el tiempo con fantasías, cambia la versión. Muchachita la noto nerviosa; ¿Todo lo ha imaginado, verdad?». Me detuvieron esa noche, dijeron que notificarían mis inventos a mis padres, que así detenida escarmenaría por mi rabieta de adolescente.

Al día siguiente encontré a mamá en los titulares: «Mujer mata a violador buscado por la policía», «Violador muerto a machetazos», «Ni una violación más»... Respiré hondo, después de todo mamá había madurado y estaba segura que ahora sí conocería mi historia.

Sé que estoy aquí

Son las 5:06 a.m. Está oscuro, pero aún se distinguen las sombras perfiladas de los objetos. Sin duda es de esas madrugadas potencialmente creativas, de esas madrugadas para dar el todo por el todo mientras se trabaja.

Tranquilo, tranquilo, tranquilo. ¡Dios, no! ¿Qué es esto? Tranquilo... va a pasar, en un segundo pasará. ¿Y si me quedo así? ¿Y si nadie nunca viene? No, Damián, ya contrólate, esta no es ni será la última vez que algo así te pase. Vas a respirar profundamente: 1..., 2..., ayyyy ¡Mi pecho, mi pecho! ¡No puedo...a-a-a-ressspi...rar! Ahhh...

Ver al humano desesperado es parte del trabajo, una parte valiosa y debe tomarse en serio. Cada quien valora, piensa y decide para luego, por un tiempo prudencial, elegir al tipo de humano que asechará. Al principio no es nada fácil hay tantas opciones, tantas posibilidades, tantos criterios de elección, por ejemplo podés escoger entre ruidos bebés, traviosos niños, curiosos adolescentes, ocupados adultos o adormilados ancianos. Repito, cada quien elige, pero su elección inicial marcará el asecho eterno que llevará a cabo.

Damián... todo está en tu cabeza, en tu cabeza, tal vez estabas muy cansado... En realidad, sí, debe ser eso; he estado muy estresado, ese trabajo en el Call-center me tiene maa...Aaaahh... ¡Duele! ¡Aaaah! ¿Eso que suena es mi corazón? ¡Ya basta! Me moveré y esto terminará ahora.

Sinceramente, llega a ser un trabajo divertido, los pensamientos los abruma y todo lo que cruza por sus cabecitas comienza a surgir de sus profundidades, así les hierva la vida, se les drena el ánimo, se les enfrían los ánimos y se retuercen envenenados, se les oye el susurro de un crujir en su médula, en el epicentro de su alma, se les inunda la mirada de estelas ennegrecidas, de lágrimas teñidas por el horror más torturante, están atrapados.

¡Que alguien me ayude! Me... a..., a...yuuu...ayuuu...ayud...

Ruegan por volver, pero los retenemos, los aprisionamos, les deshilachamos la vigilia, generosamente les cumplimos sus pesadillas, en nuestro papel de actores les damos un espectáculo donde ellos son el centro, ellos son protagonistas ¿A quién no le gustaría ser el centro? Les complacemos, su ego es tomado en cuenta.

No me salen los gritos ¿qué es esto? Me han robado la voz. No quiero. Ya. Cierra los ojos, Damián; va a pasar. Eso... sí... ese sonido es familiar, suenan las diminutas patas de una cucaracha que parece estar en la taza de té de tilo que me tomé antes de irme a la cama. ¿Qué hace la cucaracha? Ella bate sus alas gustosa por el sabor azucarado de las tres cucharitas que disolví ayer. ¡Engreída! Yo deseara ser ella, para mover mis patitas, para saborear, para husmear ¡Dame ese cuerpo kafkiano! Me imagino lo feliz y libre que sería si tan solo... Aaahhh ¡Esa sombra me ve!

Las alucinaciones también son parte del trabajo, son algo así como el multimedia de la zona pérdida, nos aprovechamos de una silla en el rincón y la transformamos en una criatura greñuda y deforme que acosa al “durmiente”. Hermosa sensación esa de estar muerto en vida,

Veo el reloj Casio en la pared de madera, solo puedo pestañear, las agujas marcan las 5:08 a.m.

Y como están tan asustados buscan explicaciones. Jajaja...

¡Perdón! No me he presentado. Yo soy conocido en tu mundo como parálisis del sueño aunque ambos sepamos que no soy eso.

¡Buenos días y bonito día!

Tercer lugar

Gabriel Ulloa Herrera

Tortas Angus y Panzajes de Babalonia

Piel de Ciruela

En el barrio Las ciruelas, Mateo sienta sus 30 años en una maltrecha mecedora, en plena calle y se pone a ver a los carajillos jugar bola. Pensativo se traga una Pilsen Black, recién salida de la perversa mente de un publicista y recién sacada de la refri que hay que mandar a arreglar.

En su cabeza se queja del costo de la vida. Que solo los cereales sin marca siguen baratos y la birra. Por alguna razón la birra no ha subido casi nada en los últimos cuatro años.

Un güila manda un bolazo y el líquido sagrado se derrama en su panta verde fosforescente y sigue su dorado camino sobre el caño manchado de chicle seco.

Mateo se mira y siente el frío mojado con resignación. Con resignación recoge la botella y con resignación se la tira violentamente al culpable de semejante agravio.

El chamaco morenillo, chiquitillo y pelón ahora adorna su cabeza con un cráter que chorrea sangre. “Christian”, recuerda Mateo. Llorando y puteando corre a su casa y el equipo dos se queda con un jugador menos. Se hacen cuarenta y cinco segundos de receso en honor al caído y al reacomodo de la mejenga y sacan de nuevo.

Para los habitantes del barrio Las Ciruelas el mundo no es gran desmadre. Se vive al día y se sobrevive a la noche. Beethoven es un perro de la tele. Los gringos están para arriba del mapa, siguiendo del Erizo, Quincho y Desampa y a los nicas. Por ahí están también Italia, Francia, Alemania, África y Nueva York. Dostoievsky es el nombre algún de jugador alemán. Para abajo, pasando el puerto, de alguna forma se llega a Argentina y Brasil, donde la gente también pasa bailando y jugando bola. Pero seguro no tienen Pilsen. Y menos de la nueva. Stalin es por alguna razón el nombre del taller de la esquina, del súper que compraron los chinos y de uno de los chiquillos del preca que pasa en la mañana para la escuela del Invu.

La mamá dice que alguna vez vio el nombre en un periódico y le pareció bonito. El hermano o primo o algo de Christian por cierto.

A Mateo lo crió la agüela. Una señora que hacía rezos y zapotillos para dar con el rompopo. Una señora cuyo mayor temor era el diablo hasta que conoció un cajero automático y le dijo a Mateo que le hiciera el favor de botar esa plata porque eso era del diablo. Doña María Noelia Cecilia de Jesús María Molina Alfaro, estaría cumpliendo 78 añitos justo ayer, 21 de noviembre. La última vez que Mateo se sentó en la mecedora, en plena calle, fue precisamente hace unos meses, en la vela de su mamagüelina.

En ese momento recordaba como ella había enfrentado otras muertes, pero no le fue de gran inspiración. “Ala perica, se murió el viejito de la vuelta, el de los güevos. Qué tristeza... ¡Joven estaba!”, decía. O rogaba a santos probablemente inexistentes: “¡San Francisco e’ la Palmera! Ojalá que la Clabudia no haya sufrido mucho, porque tras de que estaba tan solita...” y mientras tanto a Mateo el dolor se le seguía haciendo pocitos en la próstata y el colon. Y la faringe. Cómo estaría de triste si supiera que según el feisbul, se acaba de morir Cristina la del show que pasaban en el cuatro. Y cómo lo pescozonaría hasta el soponcio si lo viera tomando cerveza y peleando con los chiquillos. Semejante mamulón que repitió dos veces cuarto grado mientras ella se mataba cosiendo y vendiendo las hamburguesas con más grasa del barrio.

Ya se trajo otra birra. Pero no quedaba Black. Más cólera todavía. “Esta mierda de Rock Limón”, piensa. Es la que hay porque es la que compra Yisela. Al menos aprovecha para poner el equipo. “Vengo” del Poeta. Porque Calle 13 solo basura política hace ahora. Alguien vuela el balón. Mateo se levanta y la pasa. Vuelve a la mecedora, viéndose los pelillos negros de los muslos y pensando en que al día siguiente tiene que entregar el radiador del carro del Negro. ¡Qué falta hace la vieja a ratos! Los besos babosos de ciruela seca en la mejilla. El huevo frito con pan. El picadillo de chayote y maíz dulce. Hasta los sopapos educativos de sus enojos. Y que le hiciera piojito con sus dedos piel de ciruela...

Que tuanis es el rayón ese que tiene Arias en el antebrazo. No se lo había visto. Un cráneo aplastado por una cruz. Y como una corona de espinas que se convierte en cadena... Viene jugando de vivo. Caminando como gallo. Qué pereza con este mae. Y se pasa. Le bota la birra a Mateo. Que por qué pichaseó al carajillo, a Stalin. Que está todo lleno de sangre. Mateo se levanta de la mecedora, en plena calle y, con resignación, le manda el puño a la jeta. Bien pegado. Que fácil y relajado se siente pelear borracho.

Arias retrocede un par de pasos con la cara roja. Mientras desde la casa se escucha como el MC viene dándole valor a su nombre, Arias mueve su brazo, su cruz y el cráneo aplastado. Saca un chopo y pega a Mateo un plomazo en la panza.

La mejenga da otros 30 segundos de receso en honor al caído, a la posibilidad de un encuentro mamagüela-hijieto y a que la gente deje de atravesarse en el campo de juego. Mateo se desangra hasta que alguien llame a los pacos para que se lleven el cuerpo.

Conforme se va secando por dentro, va sintiendo la piel de ciruela. Y sonrío.

El albergue

"We were alone with the quiet day..."

H. J.

A veces me siento mal. Con todos estos cambios y acordarme de las peleas. Pero a veces también se me olvida que estoy triste.

Claro que no me gusta que nos hagan despertarnos tempranísimo, y meternos a las duchas al final del pasillo. Pero Luisa y yo, como sabemos que la otra está en el baño de al lado, cantamos juntas para despertarnos.

Yo siempre me baño más rápido para cruzar el cuarto y lavarme los dientes (aunque me los vaya a lavar otra vez después del desayuno), porque me gusta mucho como se siente y escucho al otro lado de la pared cuando las tías, pasan la ropa sucia al cuarto de pilas.

Yo a Moni la quiero mucho, pero me da cólera que Luisa y yo tengamos que salir a las siete y ella como es más pequeña pueda quedarse ahí, jugando toda la mañana.

En la tarde, entro por el acceso principal corriendo por el pasillo a mi cuarto, o caminando cuando me están viendo. Paso al comedor a almorzar rápido y cuento los minutos para que se me baje la comida. Apenas puedo salgo entonces al patio para no desaprovechar ni un minuto de la tarde.

Cuando oscurece pasamos a la sala a ver películas y hablar de un montón de cosas, y a veces hasta corren las paredes de los cuartos y nos cuentan cuentos a las tres, cada una en su cama. Lo bueno de la sala es que no es como en mi casa que había que levantarse y perderse una parte de la conversación por ir al baño, porque también podemos ir al baño de la sala que está ahí a la par y que tiene un espejo grandote donde una se puede ver el cuerpo completo...

Por cierto, esos cuartos de las tías siempre me dan mucha curiosidad, porque no nos dejan entrar, pero en la noche yo siempre las veo a ellas ahí con un montón de papeles y cada una con un

lapicillo haciendo cosas. Y estoy segura de que lo que hacen todas las noches es, como nosotras en nuestros cuartos; dibujos de cosas tristes. De muchas cosas sobre las que no hablamos. Como los niños que a veces vemos y la señora que finge no vernos a nosotros.

Es raro y a veces nos da un poco de miedo también, pero no nos gusta pensar que esta casa está embrujada o tiene fantasmas. Eso no.

De cualquier forma, de aquí no podemos irnos.

Cálculos matemáticos para tocar los protones y afectar las células de un Hombre Común

“Perdí el control”.

Esa era su explicación para el día en que, con demasiado alcohol en la sangre y sin distinguir entre humo y realidad había discutido y salido de su casa.

Luego de unos días recordaba mejor que los gritos habían empezado por alguna estupidez. No podía aclararse en su memoria golpeándola, pero sí tenía su triste imagen sobre el suelo, con mucha sangre sobre el rostro. Le había dejado caer un retrato de los pocos que tenían en la pared. Había salido de la casa, estando aún muy borracho, y había caminado por horas hasta quedar tirado en una acera cualquiera.

No sabía cuánto tiempo había estado ahí. Semanas según sus cálculos. A eso de las 11 de la mañana de un día de oficina descubrió, con sorpresa, que se había vuelto invisible. Pero solo horizontalmente.

Cuando orientaba su cuerpo en esa dirección notaba que, quienes pasaban, aunque por algún inexplicable sexto sentido no tropezaban con él, no lo veían. Pero si se erguía (probablemente por aparecer de la nada) la gente se asustaba y, los más, cruzaban la acera con temor en el rostro.

¿Qué hace uno con un superpoder?

Pronto empezó a extrañarla. A las diez de la mañana de uno de los días, decidió levantarse. Caminó por la calle pensando y luego empezó a tocar en los portones. En la primera casa no le abrieron. Ni en la segunda.

Le abrieron la puerta con desgano en la decimosegunda casa.

—Buenos días niña —dijo pretendiendo formalidad.

Una señora cansada terminó de abrir la puerta moviendo a su hija a un lado.

—¿Qué ocupaba? —le gritó desde adentro con un tono cansado.

—Señora ¿No tiene algún trabajillo de lo que sea? Y me da lo que pueda...

En la cuarta casa en que le abrieron, lo dejaron pasar al patio del frente para que cortara el zacate, pagándole 1500 colones, y en la quinta casa le regalaron 400 más.

Se compró un paquetillo de chicles por el cual le cobraron 200 de sus 1900 colones. Traía cinco; se metió dos a la boca. Y una maquinilla de afeitar por la que pagó 300 de sus ahora 1700 colones. Se rasuró en seco.

Entró después en una tienda de ropa usada y compró una camisa de vestir por la que pagó 1000 colones más. Se la puso tan arrugada como estaba.

Ya en la parada de buses, se le ocurrió una idea, y saltó un portón cercano para robar cinco rosas muy bonitas —según él— les envolvió los tallos con un plástico que encontró en el suelo y regresó a la parada.

Acababa de pasar uno de los buses que le servía. Esperó otro. Se subió enérgico y pagó con las cuatro monedas que le quedaban. El pasaje tenía un valor de trescientos ochenta colones. Le devolvieron otras cuatro monedas.

La gente lo veía, de una manera extraña, pero lo veía. Y él sonrió antes de sentarse en un lugar vacío. Se comió otros dos chicles.

Cuando bajó del bus, cavilando palabras con las que lo perdonara “el amar de su vida”, escupió los chicles de su boca y trató de sacar el último que le quedaba en el paquete. Pero entre este y el ramo, se le cayeron dos de las cuatro monedas que aún llevaba en su mano.

Una se perdió en el alcantarillado. La otra quedó a poca distancia de sus pies.

En este mundo el lector se dirá: “¿Para qué recoger una moneda de cinco pesos?” pero Manuel no lo pensó. Manuel solo pensaba en el rostro iluminado de Amalia cuando lo viera regresar, cuando viera las flores. Todavía estaría enojada, pero él lograría convencerla de que iba a cambiar y de que, lo que fuera que había ocurrido, no volvería a ocurrir.

Eso pensaba Manuel mientras se agachaba por la monedilla de aluminio sin saber que realmente todo aquello no le volvería a ocurrir.

Cuando estaba arrodillado, levantó la vista y notó que una pareja que pasaba, viendo hacía donde él estaba; no lo veía.

Se puso una mano en la frente preocupado. Tomó la moneda del piso apresuradamente y se trató de ver en el reflejo. Si Amalia hubiera salido, tampoco lo habría visto.

Ya no estaba.

Ni él en el mundo ni Amalia en la casa.

El sombrero mágico

Manuel lo veía todo el tiempo crear increíbles ilusiones con cartas, flores y pañuelos, que impresionaban a todo el mundo, menos a él.

A pesar de sus escasos ocho años conocía bien la mayoría de los trucos y detectaba con facilidad el dedo que pasaba por detrás, el clip, el hilo transparente y las demás artimañas.

Solo una cosa lo intrigaba: el mágico sombrero.

¿Cómo lograba de él sacar un conejo o una paloma? ¿Cómo del fondo aparecía los más inesperados artilugios?

Una noche, sin poder resistirlo un instante más, Manuel espero a que aquel gran mago se durmiera y entró en su habitación. Tomó con cuidado el sombrero que posaba en la mesa de noche y corrió sigiloso afuera del cuarto, de la sala y de la casa misma, hasta encontrarse a salvo, arrecostado a un muro del patio.

Cuando su agitación por fin le dio chance, contuvo el aliento y sumergió su mano en el vacío del sombrero.

En medio del frío aire que circulaba adentro, sintió algo. Una piel que latía, tersa y redondeada.

Asustado tomó un ala y lo arrastró al mundo exterior.

Manuel se encontró así, con el sombrero mágico de su padre en la mano derecha y en la izquierda, pequeño y liviano y aún un poco nervioso; el suyo propio.

Quel título si muera

“Porque me querías en ingles”

Sabes que me retire hace tiempo.

Ese caprichismo tuyo de pedirme lo imposible. Como la invitación al concierto de Ray Tico en pleno siglo XXI. Como casualmente me pediste hace un cuarto de siglo que dejara de adorarte. Gracias, por cierto, por salvarme la vida y mandarme a la basura en una sola frase. Fue eL nivel de elegancia.

Luego vinieron Maritza, Brenda y la marihuana. La poesía clásica y mi posterior aversión a lo clásico. Lo mismo con el progresivo. Y reírse de chistes malos por sentir que de alguna forma humillaban tu recuerdo. Y sepultarte cada día.

Siempre te gustó verme sufrir. No es un reclamo; yo también lo disfrutaba y te quería por lastimarme. Como Heathcliff, el personaje de la novela que te regale. Dijiste que no podías con mis incoherencias pero se que en realidad lo que nunca me perdonaste fue ese regalo; la broma de arrancarle las últimas cuatro paginas y dejar que lo leyeras así. Luego me sentí mal, pero en aquel entonces me pareció intrigante ver tu reacción y hasta divertido. Claro que vos no pensaste lo mismo.

Y luego vino el Rencor y luego también el se fue. Me fui a tierras altas y me reenamoré. Y pasaron mil tormentas de arena sobre tu nombre. Pero subestime quien fui para vos, porque al final tu adicción a verme penando era mas fuerte que la necesidad de seguir adelante. Así que te dividiste, la una sí siguió, cambiando y siendo parte de la gente. La otra ahí se quedó, igualita y siendo parte de mi mente.

Pegada. Pegadísima. Un chicle bajo el pupitre que siempre esta húmedo. Yo me pongo a escribir algo-no-para-ti y pasan meses y se me olvida siempre el baboso chicle que sos. Que estas siendo.

Y un día, no importa cuanto tiempo haya pasado desde la ultima vez (meses, anos...), un día me vuelvo a quedar dormido y te me

pegas al pantalón. Sal. Y duro horas quitándome ese embarrijo que me dejas. Si tan solo pudieras perdonarme lo del libro.

Le explicaba tu infinito estado salivico a Mari un día, y luego de todos estos anos comiendo mierda (justo al revés de mis espectaculares expectativas), ella me ordena ir a hablar con vos. «No podes seguir en esas», dice. Entonces voy.

Sí, sí, que ya no vives con tus papas. Me pasan el numero. Y llamo y me presento con Renato.

Yo siempre esperaba mínimos motivos para burlarme de vos... cariñosamente. Pero con este te luciste: ¡Renato! Jajajaja. Realmente alguien puede llamarse Renato. Renato; renata, re-nata, re-natilla, re-mantequilla, reyogursh. Renato; rana, rene, renene, renenito. Renatito el Renatuajo. Sos única: aun me haces sonreír.

Y ahora vos, tu, voz, en la bocina. Sueno como si el español fuera mi decimocuarta lengua. Que bueno decís, que que raro saber de mi. Que esta bien. Nos vemos en el bar Molinos. Listo: nos vemos.

Y apareces. Igualita. Hasta el mismo lunar en el cachete. Me contás que estás en un caso de un tipo “alcoholizado” al que según parece “injurieron físicamente” unos “imputados”. Quedo tirado en media calle tapando el paso en plena avenida central.

Los “oficiales de la Fuerza Publica” llegaron y al verlo “en estado etílico” lo jaloron pa la acera. Pero tu acusación contra el estado se basa en el hecho de que (“según comprobaron los médicos”) al moverlo “agudizaron de manera irremediable el cuadro traumatólogo”, es decir que quedo hecho verga.

Pero a pesar de que te entendí la mitad de lo que me contabas, pasamos un buen rato, y al final me hiciste prometer que te escribiría la carta de despedida que te quede debiendo hace mas de dos décadas. Pero como estas igualita y tu caprichismo también sigue intacto me exigís, que sea como todo lo que te mande aquellos años. Por correo y en máquina de escribir. Ni idea de cómo funciona el correo ahora, toca averiguar. Pero la máquina si que me jode. De donde diablos voy a sacar una máquina hoy?

Sin embargo para vos no hay peros. Que cuál es mi dirección exacta. La misma de siempre. Que me espere una semanita y que,

puntual para de hoy en quince querés la carta en la mano. Y yo de idiota que esta bien. Con vos todo siempre me parece “bien”...

Ayer me llega un paquete. De tu parte. Que es esto?

Un orgasmo sensorial: una máquina Brother Deluxe Lmtd. Un modelo clásico. Un aparato intacto. No puedo creerlo. Por que haces esto? Acaso aun soy así de importante para vos. ¡Yo que creí que no me habías perdonado! ¿Qué es esto?

Luego de mi impresión y largas horas discutiendo el porque, me siento a estrenarla. Y a escribirte esta carta. Y justo cuando voy a tildar el título entiendo el juego. Que rencorosa. Ejecutar una venganza mas de 25 años después. Pero no te doy el lujo. Te mando esta carta a pesar de tu teclado en ingles.

“Sabes que me retire hace tiempo.

Ese caprichismo tuyo de pedirme lo imposible...”

Talvez por eso nunca llegamos a entendernos...

Mención de Honorífica

Gustavo Adolfo Picado Durán

Consecuencias de nuestros actos

El contrato

I

Mi padre era el boticario del pueblo. En su establecimiento tenía muchas plantas con las que elaboraba pócimas para curar enfermedades. Desde mi niñez siempre le ayudé en lo que pude, pero nunca fui capaz de memorizar las recetas y cuando intentaba llevar a cabo alguna fórmula, lo único que lograba era desperdiciar todo aquello que caía en mis manos.

Durante muchos años y con una paciencia que parecía infinita, mi padre quiso instruirme en el uso de las plantas medicinales, pero mi natural torpeza y desinterés hicieron que mi lugar en el negocio familiar se viera reducido a las labores de limpieza y a realizar entregas a domicilio.

Muchos de los brebajes de mi padre llevaban como base una planta que popularmente es llamada “la loca” la cual crece en zonas cercanas a los ríos, y en general, cerca de fuentes de agua. Un día —y de esto ha pasado ya muchos años— me enviaron a buscar la mayor cantidad posible de ejemplares de esta planta, ya que nuestras provisiones estaban agotadas.

Cuando llegué a la entrada del bosque, el sueño me invadió. Acababa de almorzar y decidí buscar una sombra y dormir plácidamente algunos minutos. Creí que nada malo podía pasar, cuando desperté habían pasado casi cuatro horas y ya la noche estaba a punto de caer, tampoco tenía nada para alumbrarme en la oscuridad. Quise volver con mi padre, pero no podía llegar con las manos vacías y decirle que no había cumplido con el pedido a causa de mi siesta. Decidí ir en búsqueda de las plantas, corriendo el riesgo de quedarme completamente a oscuras en las profundidades del bosque, y a merced de las bestias que se mueven en las sombras.

Cuando llegué al área donde crecía la mayor cantidad de ejemplares de “la loca” ya era completamente de noche. Solo y a la intemperie utilicé el saco que llevaba para transportar las plantas

como una cobija y me senté dentro de una pequeña cueva que se formaba en las raíces de un enorme árbol caído.

Los mosquitos me atormentaban, tenía hambre y el suelo estaba húmedo. De repente, a mi izquierda, detecté un sonido... como de pasos que se aproximan... si, eran pisadas de algo o alguien, que con cautela y sin prisas venia por mí. Decir que se me erizó la piel es poco, se me detuvo el corazón, entré en pánico próximo al llanto, hasta que no pude más y en algún momento justo cuando ese ente respiraba sobre mi oído, me desmaye.

Al despertar, me encontraba sobre una espaciosa y cómoda cama, en una habitación hermosa, limpia y de estilo rústico. A un lado de la cama había una bandeja con lo que parecía ser el desayuno. Llene mi estómago y estudié algunos objetos intrigantes que había en el lugar: varios crucifijos, estrellas de cinco puntas, candelabros, calaveras, y animales disecados. Súbitamente, la puerta de la habitación se abrió.

Fue cuando la vi por primera vez.

II

¿Has dormido bien? Me preguntó. Mi respuesta fue una especie de balbuceo indescifrable. Ella continuó:

—No debes temerme. Quería ver como estabas. Anoche te encontré desmayado en el bosque y te traje aquí, a mi casa. Eres bienvenido.

—Gracias... —respondí.

—Bien, te esperaré en la sala.

Pasados unos instantes, salí de la habitación. Ella me esperaba sentada en un sofá. Un ajustado vestido negro revelaba el detalle de su escultural figura. Tenía ojos negros, profundos y enigmáticos en un rostro hermoso pero a la vez con cierta carga erótica. Su cabello negro le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Al verme, me invitó a sentarme junto a ella, y así lo hice.

Yo estaba muy aturdido por su belleza y rígido como piedra. Se presentó:

—Mi nombre es Moderada.

De repente, me observó fijamente a los ojos, y sentí que me tranquilizaba. De hecho, mi nerviosismo desapareció. Luego dijo lo siguiente:

—El bosque es un lugar muy peligroso por las noches. Hay animales salvajes y hambrientos. Si no fuera por mí, algo malo te hubiera pasado. Me parece justo obtener algo a cambio por haberte ayudado.

—¿Algo como qué? —pregunté.

—Te explicaré lo que soy querido Dan (supo mi nombre sin que yo se lo dijera). Mira este cuerpo que tengo ¿Te parece joven y hermoso, no?... ¿me creerías si te digo que tengo muchos años de edad?, pero esta belleza no es fácil de conseguir. Yo me dedico a las artes esotéricas y cada diecinueve años me veo obligada a renovar el hechizo que me otorga la eterna juventud. Ese plazo está pronto a cumplirse y una de las condiciones para renovar el hechizo es que debo casarme con un hombre noble y de buen corazón... exactamente como tú... ¿Aceptarías?

Ante semejante propuesta, ¿que podría perder alguien como yo?, y sin pensarlo dos veces acepté. Moderada no daba la apariencia de ser malvada.

Ella mostró gran alegría y me hizo firmar un documento (algo así como un precontrato). Me pidió que me fuera y que volviera dentro de una semana, ya que necesitaba tiempo para arreglar todos los detalles de lo que sería nuestra vida juntos. Me dio las indicaciones de como atravesar el bosque, y volví a la casa de mi padre, a quien le entregué el encargo de las plantas y además la noticia de que su hijo se iba a casar. Me recibió con alegría, pero no le dio mucha importancia al tema. Solo se limitó a decir:

—Si te hace feliz, que así sea.

III

Llegado el día, me interné en el bosque para volver con Moderada, con la mala suerte de que llegué a un punto en el cual ya no recordaba el camino y me sucedió igual que la otra vez: la noche me atrapó estando a la intemperie. La diferencia fue que ahora iba

mejor preparado y tenía un cuchillo, una lámpara, comida, agua y una tienda de acampar que armé sin tardanza. Comí algo y me dormí. Durante la noche no detecté nada extraño, pero por la mañana, sentí el calor de otro cuerpo que me abrazaba.

Era Moderada, que de alguna u otra forma me había encontrado, se había colado por la noche en la tienda, y ahora dormía junto a mí. Era muy temprano y la situación agradable, así que cerré los ojos y me relajé.

Algunas horas después, volví a abrir los ojos, pero esta vez —y no tengo idea de cómo sucedió— me encontraba en la misma cama y en el mismo cuarto donde había despertado hacía ya unos días, en la casa de Moderada.

Sin preámbulos ni ninguna celebración, firmamos la versión final del contrato matrimonial. Lo leí por encima, sin ninguna preocupación, y sin entenderlo de verdad (grave error). El hecho de estar casándome con una bruja declarada poco o nada me importaba, es más, era algo que me intrigaba y me atraía.

Algo que me preocupaba ahora en mi nueva vida matrimonial era a que dedicarme. El contrato estipulaba que me tendría que mudar a la casa de Moderada, pero estando lejos y con un camino difícil de por medio, ya no podía seguir trabajando con mi padre. Además, como ya he explicado, aparte de limpiar y hacer entregas, no era hábil para ninguna otra cosa. La primera noche que pasamos juntos le confesé a Moderada como me sentía, y ella, al día siguiente le dio solución de esta manera: por la mañana me cortó el pelo y la barba, recogió algunos de los cabellos desprendidos, los colocó en una especie de cazuela oxidada con algunos aceites y otros ingredientes extraños, luego situó la mezcla a calentar bajo un fuego muy intenso.

El resultado de esto fue una sustancia de tono verde musgo, gelatinosa y de asqueroso olor, la cual guardó en un frasco de vidrio. Lo dejó en reposo varias horas, y al caer la noche se fue al bosque llevándose el frasco y un libro escrito en un idioma indescifrable. Quise acompañarla, pero me lo impidió con una mirada amenazante, sus ojos literalmente se tornaron rojos. Cuando regresó, no

me atreví a preguntarle donde había estado ni que había hecho con aquella mezcla. Nos fuimos a dormir y ella me comentó:

—Mañana todo será diferente, querido.

Al día siguiente tuve una poderosa necesidad de salir al bosque. Recién desperté, empecé a recolectar a toda velocidad una serie de plantas diferentes sin ningún motivo aparente. Intuitivamente supe que utilidad exacta tenía cada planta, como procesarlas y además cómo y dónde crecían. Era como si los conocimientos de botánica que nunca pude obtener al lado de mi padre, se manifestaran de golpe en mí, sin ninguna dificultad. De hecho, creo que desde ese momento ya sabía más de plantas que nadie en el mundo.

Conociendo de antemano mi nueva habilidad, Moderada me había preparado una habitación de la casa para montar un laboratorio, y de esta forma, con una fuerza y convicción de las que siempre he carecido, empecé a preparar toda clase de medicamentos y pócimas muy útiles con las plantas que lograba encontrar. Ya no era aquel inútil de escasa memoria y habilidad. A los pocos días me vi en necesidad de mayor cantidad de equipo y herramientas, además de otras plantas especiales que eran difíciles de conseguir.

IV

El negocio con las plantas medicinales prosperaba. Fabricaba toda clase de sustancias y medicamentos que luego llevaba a vender al pueblo. Empecé a darme a conocer y la gente me hacía muchos pedidos. También llevaba mis productos al local de mi padre para aprovechar su clientela y a cambio, él obtenía un porcentaje de la venta. Mi vida tomaba un rumbo nuevo y esperanzador: empezaba a ser reconocido y valorado por aquellos que me habían llamado inservible. Pero, ¡qué alto sería el precio a pagar!

Una tarde, llegaba yo a la casa luego de haber entregado algunas medicinas en el pueblo. Generalmente, Moderada me recibía con alegría y con la cena lista, hasta ese momento había sido la esposa soñada de cualquier hombre, pero en esa ocasión la noté distante y no había cocinado nada. Estaba enojada conmigo. Como ya había ganado algún dinero con mis ventas, le compré un collar bastante

caro, de los que a ella le gustaban. En verdad creí que le iba a encantar. Pero luego de rodear su cuello con él, se lo quitó de un solo golpe y lo arrojó contra el suelo. Ante ello le pregunté que le estaba pasando y su furia no hizo más que aumentar lanzándome una cachetada al rostro, la cual esquivé, para después decirme:

—Así que el señor genio de las plantas ahora quiere andar fuera de la casa todo el día y trata de comprarme con miserias.

Ya la había visto enojada antes, pero lo de ese día no tenía nombre. Decidí no responderle, tanto por asombro como por miedo. Me metí en el laboratorio y decidí no molestarla hasta que se le pasara el mal carácter. Llegada la hora de dormir vi que había cerrado la puerta de nuestra habitación y tuve que pasar la noche en el laboratorio. Pero al final resultó que estuve cinco días viviendo allí, y solo salía para buscar comida y para satisfacer mis necesidades fisiológicas, evitando encontrarme con Moderada. Sus reclamos iban aumentando en tono y violencia, varias veces llegó a golpear la puerta del laboratorio con sillas y otros objetos mientras me gritaba toda clase de obscenidades desde afuera y me reclamaba que como yo ahora era “popular” y “reconocido” no le estaba dedicando tiempo a ella como antes. La situación llegó al límite cuando al quinto día de mi auto-exilio, y durante la madrugada, se coló en el laboratorio por una ventana que daba al patio de la casa y mientras dormía intentó ahorcarme. A duras penas logré soltarme y hui de la casa.

Corrí desesperado hacia cualquier lugar dentro del bosque y cuando ya no pude más me senté en el suelo mientras recuperaba el aire. Hasta horas de la tarde estuve en ese lugar, tratando de tomar una decisión, si volver o no a la casa. Una parte de mi deseaba huir de esa mujer, volver con mi padre y olvidarme de todo. Pero si huía, me exponía a una más que posible venganza. Así que tome la decisión de regresar y permanecer atento.

Estando ya frente a la puerta de entrada, no me decidía a entrar. Pensé que un huracán estallaría ante mi cuando abriera la puerta, pero no fue así. Ingresé en la casa y ella parecía no estar. Para mi

sorpresa vi servido sobre la mesa del comedor un plato con cordero asado y una pequeña nota que decía así:

“Espero me perdonen. Lo eres todo para mí. Mode.”

Al terminar de comer tomé un baño y no estaba seguro si ir a dormir a nuestro cuarto o continuar en el laboratorio, pero decidí correr el riesgo y me acosté en la habitación. Por la madrugada, ella volvió de donde sea que estuviese. Sin encender ninguna luz, entró a la cama, se acurrucó junto a mí, y me suplicó al oído que la perdonara, que mi trabajo con las plantas y el reconocimiento social que estaba alcanzando la habían hecho caer en envidia, y que esto había despertado en ella un sentimiento de ira que no fue capaz de contener. Yo le repliqué que lo último que un hombre esperaría de su esposa es envidia, y que además en su caso esto era bastante contradictorio, puesto que fue ella misma quien me ayudó con su magia para darme el oficio que ahora tenía. Al final de cuentas terminé perdonándola y volvimos a una aparente normalidad.

V

Al día siguiente desperté solo en la cama. Comencé la rutina normal, desayuné, me vestí, y entré a trabajar al laboratorio. Moderada no daba señales. A medio día almorcé solo y estando ya acostumbrado a sus impredecibles ausencias, no me preocupé por ella. Al caer la tarde, escuché abrirse la puerta de entrada a la casa. Cuando salí a la sala para recibirla, quien estaba frente a mí era una mujer desconocida. Una rubia muy hermosa, de la misma estatura y con un rostro de facciones muy parecidas a Moderada, pero con una contextura un poco más gruesa. Yo quedé en silencio observándola y preguntándome quien podría ser. Estuvimos unos instantes viéndonos directo a los ojos, cuando ella caminó hacia mí y me dijo:

— Ahora tú limpiarás y cocinarás.

Era la voz de Moderada, yo sabía que era ella, pero...no era ella. No entendía lo que pasaba, y al notar lo ella exclamó:

— Tu esposa ahora va a descansar. Limpia todo este desorden.

Decidí acatar su orden. Inmediatamente empecé una limpieza profunda de la casa: recogí todo lo que estaba tirado y limpié el

piso, lavé los platos y la vajilla, e inclusive cociné la cena. Puse la mesa e invité a la nueva Moderada a que se sentara a comer, pero para mi sorpresa me pidió que la levantara alzada desde el sofá y que la sentara a la mesa como si fuera un bebé. Así lo hice, y con bastante esfuerzo ya que había aumentado de peso. Seguidamente, me pidió que le diera de comer y que le llevara cada bocado a la boca.

Cuando terminó la comida, me dijo que quería dormir, me ordenó que la llevara a la cama, la tomé entre mis brazos y así lo hice. Allí me pidió que le colocara su bata y cuando quise irme no me lo permitió hasta que se durmió. Estas escenas se repitieron durante varios días, tiempo en el cual su cabello continuaba rubio y yo me convertí en su lacayo personal, limpiando, cocinando, y atendiéndola tanto a ella como a sus gatos en todo.

Moderada parecía haber caído en un estado de letargo, sin energía, apenas hablaba para que le diera de comer o para ir al baño, dejó atrás sus actividades con la magia, y la mayoría del tiempo estaba durmiendo o cepillándose el cabello frente al espejo. Yo creí que talvez estuviese enferma, pero la verdad es que su único padecimiento era una pereza extrema y el cambio en su cabello no tenía ninguna explicación.

VI

Toda esta situación me obligó a retrasar la entrega de algunos pedidos que tenía en el pueblo, y justo cuando ya me estaba hartando de vivir como su esclavo, ella volvió a colaborar en la limpieza y retomó sus actividades en la magia justo como antes. Pero ese mismo día, en que volvió a la “normalidad”, mientras comíamos por la noche, cayó en una especie de trance, empezó a gritar a todo pulmón, tapándose la cara con sus manos, mientras yo observaba como su cabello volvía al color negro otra vez. Cayó al suelo y siguió gritando hasta quedar inconsciente. Al levantarla, mi sorpresa fue grande, puesto que había vuelto a subir de peso, acercándose ya a un estado de obesidad. Con mucha dificultad, la acosté en un sofá cercano y también vi que las facciones de su rostro

habían cambiado, su nariz era más gruesa y sus cachetes y mentón estaban un poco más inflados.

Esta nueva Moderada, se caracterizaba por su apetito. Cuando despertó de su transformación, lo primero que hizo fue pedirme comida, y para aplacar su hambre, eran necesarias grandes porciones de toda clase de alimentos. Carnes, pastas, frutas, verduras, repostería, vino, chocolates y dulces... todo se lo comía sin desperdicio. Tuve que ir al pueblo varias veces para complacer sus antojos, no duraba más de un par de horas sin probar bocado. Se comía todo lo que yo cocinaba, sin importar si estaba bien o no. Varias veces se me pasó de sal una sopa o se me quemó alguna carne, pero igual, ella se comía todo. Por la madrugada se levantaba varias veces para ir por algún “bocadillo” que podía ser un pollo entero o un pastel completo. Llegué incluso a desprenderme de mi propia comida para satisfacer su hambre, y mientras ella parecía engordar a cada minuto, yo estaba cada vez más delgado y débil.

VII

Durante siete días se mantuvo Moderada comiendo sin límites. La escena de la transformación se repitió mientras yo cocinaba. Escuché sus gritos y cuando fui por ella, su físico había cambiado nuevamente. Volvió a tener la figura delgada y bien proporcionada de antes, y su cabello seguía siendo negro pero ahora estaba mucho más corto. Luego del cambio durmió hasta el día siguiente.

No sabía que esperar de esta Moderada, al principio no noté ningún comportamiento nuevo, hasta que un par de días después de la transformación me di cuenta de que un dinero producto de mis ventas había desaparecido. Yo acostumbraba guardarlo en un pequeño y viejo baúl, además de joyas que recibía como pago por mis productos y servicios. Si algo hacía falta, la única que podría haberlo tomado era Moderada.

Al día siguiente noté que el baúl había sido abierto otra vez y faltaba más dinero, pero además se habían llevado cadenas y anillos de oro. Durante los días siguientes, era cada vez mayor la cantidad de objetos que faltaban en mi baúl. Cada noche cuando depositaba

los ingresos de la jornada, podía notar que hacían falta más cosas, y el colmo de la situación fue cuando Moderada, ya sin ningún descaro, empezó a utilizar las cadenas y anillos que sacaba del baúl.

Pero a aparte de esto, también la notaba con algún enojo hacia mí, y cuando le interrogué por la procedencia de las joyas, se justificó diciendo que tomaba mis cosas como un pago por todo el tiempo que yo tenía de vivir de gratis en su casa, además de toda la comida que había gastado en mí. También dijo que su actitud se podía ver también como una compensación por haberme dado la capacidad de trabajar con plantas. Pero además, me advirtió que de ahora en adelante estaba obligado a entregarle la mitad de mis ganancias diarias, y ahí mismo extendió su mano exigiéndome lo de aquel día.

Esta Moderada avara y exigente me acompañó por dos eternos meses. Llegó el momento en que creí que esta sería su versión definitiva, hasta que una noche cuando llegué a la casa me encontré con que había devuelto al baúl todas las cosas que me había quitado.

VIII

Para este momento, Moderada había vuelto a ser la misma que cuando la conocí. En su estado natural era casi perfecta: hermosa, inteligente, amable y cariñosa. Parecía que por fin se había estabilizado y se esforzaba para compensarme todo lo que me había hecho pasar. Me prometió que no iba sufrir más transformaciones, pero en el fondo, yo estaba seguro de que sufriría otra transformación en cualquier momento.

Una de las medidas que Moderada estaba tomando para resarcirse por todo lo sucedido, era incrementar nuestro contacto sexual. Pero ahora se presentaba con un renovado apetito carnal que fue aumentando progresivamente, me buscaba mañana y noche, yo empecé a mostrar ojeras y padecía sueño y cansancio a todas horas, mientras comíamos sus ansias volvían y terminábamos revolcándonos ebrios de pasión, tirando y rompiendo todo a nuestro paso; una simple mirada bastaba para encendernos sin importar la hora

ni el lugar. Y así, en uno de esos frenéticos momentos, tuvo otra metamorfosis: su cabello cambió a un tono rojizo y sobre su piel aparecieron algunas pecas, que la hacían verse aún más deseable si fuera posible.

Comprendí que estaba ante una nueva Moderada, dominada por una lujuria intensa, activa a toda hora, y llena de sorpresas y propuestas novedosas. En un principio, como hombre que soy, disfruté de ella a más no poder, hasta donde llegaban mis fuerzas y cuando sentía que ya no podía más, un ímpetu renovado se apoderaba de mí y era capaz de continuar con la faena. Nunca entendí de donde procedía esta insólita capacidad de regeneración, pero sí sé que a los días de estar en esto, dejé de ser divertido, y empecé a sufrir toda clase de consecuencias indeseables.

A causa del deseo incontrolable de Moderada no podía trabajar, no volví a elaborar medicamentos e incumplí compromisos con clientes. Toda responsabilidad que tuviera sobre mis hombros quedó en el olvido. Dejamos de comer regularmente y durante unos quince días solo nos alimentamos a base de frutas como manzanas y bananos, ya que el cocinar representaba menos tiempo para la “acción”. Mi salud estaba deteriorándose: por la magia de mi esposa, mis músculos encargados del acto amoroso estaban en perfecto estado, pero todo lo demás estaba débil y enfermo.

Mi mente también sufría, llegué a ser incapaz de recordar mi propio nombre y ni que decir de las plantas y sus características. Era como si toda la energía de mi cuerpo y mente fuera absorbida por Moderada, que a diferencia de mí, parecía cada vez más hermosa y saludable.

IX

Una vez superado el tiempo de lujuria, volvió a su estado natural y poco a poco empecé a recuperar mis fuerzas. Fue curioso que cuando ella volvió en sí, se asustó al verme tan famélico y débil. Yo vivía en un perpetuo estado de exaltación y bajo un sentimiento de incertidumbre esperando a que Moderada se transformara una vez más en otra persona, o en alguna de las que había sido anteriormente.

Cuando por fin le exigí que me explicará a que se debían sus cambios y si había alguna forma de detenerlos, ella me dijo que todo era un proceso inevitable y que por eso necesitaba un marido, pues alguien debía ayudarle a sobrellevar todas aquellas transformaciones. Al decirme esto, paso por mi mente el contrato que firmamos y el hecho de que en alguna parte debía hablar algo sobre sus distintas personalidades. En cuanto tuve la posibilidad de estar a solas, lo estudié con cuidado, cláusula por cláusula, tratando de encontrar alguna pista sobre el misterio. Y así, al final del documento, en la página 17, la cláusula 33 expresaba que: “el marido se compromete a soportar hasta el final todos aquellos efectos secundarios derivados de las practicas mágicas de su cónyuge, incluido el hechizo para mantener su juventud, junto con sus siete fases”... y aún más revelador era el contenido del párrafo siguiente: “Si el marido logra superar estas siete fases, estará en potestad de elegir a cuál de ellas prefiere como versión definitiva de su cónyuge, o en su defecto puede terminar con el vínculo matrimonial...”.

Ahora todo empezaba a encajar. Las siete fases se referían a diferentes actitudes que Moderada había tomado desde que nos casamos: envidia e ira, las cuales llegaron prácticamente juntas, luego pereza, continuó con la gula, seguidamente pecó de avaricia y en su última fase cayó en la lujuria. Hasta ese punto en ella se habían representado ya seis fases, cambiando también su apariencia física con cada una de ellas. Caí en cuenta de que estas fases no eran otra cosa más que los siete pecados capitales, pero como se sabe, estos son siete, y aún faltaba que Moderada exhibiera el que se considera más grave: soberbia.

Me mantuve atento a cualquier cambio en sus conductas, y efectivamente, unos días después de darme cuenta de lo que estaba pasando, empezó a mostrar actitudes que denotaban la soberbia: era cortante y pesada en nuestras conversaciones, cuando le hacía preguntas, no me respondía, o a lo sumo utilizaba monosílabos. No me saludaba por las mañanas ni por las noches como acostumbraba hacerlo en su estado normal. Y al cocinar o limpiar lo hacía de mal gusto y con torpeza. Aparte de estas conductas, su apariencia física aun no reportaba cambios.

Hasta que un día, me encontraba trabajando en el laboratorio cuando ella irrumpió repentinamente y empezó a reclamarme por la efectividad de un producto que servía para el cuidado del cabello que yo mismo había hecho. Tomó el recipiente de vidrio que lo contenía y me lo lanzó, golpeándome la cabeza. Me abrió una herida en la frente de la cual brotó un sangrado abundante. Ella alegaba que la crema le había producido cambios en el color del cabello, y cuando la observé detenidamente noté que ahora lo llevaba de un tono café oscuro muy cercano al negro. Yo no sabía si tal cambio en verdad se debía a los efectos de la pomada o a la nueva transformación que estaba sufriendo. A como pude, escape de aquel huracán humano y corrí a ponerme a salvo. Atendí mi herida mientras ella continuó destruyendo mi laboratorio.

En vano intenté tranquilizarla, pues sus reclamos eran cada vez más enardecidos, se jactaba de que ella era quien había aportado la mayor cantidad de cosas tanto materiales como espirituales a nuestra relación y que yo no había sido capaz de hacer lo mismo por ella. La soberbia ya se mostraba en todo su esplendor, y su actitud agresiva me hizo recordar la Moderada que sufría de ira. Es como si tras un pecado vinieran los otros, empaquetados en parejas o tríos que se engendran a sí mismos en un parto múltiple sin ningún control.

X

Tras varias horas en este estado, y luego de haber devastado el laboratorio, cayó dormida en un rincón. Para este punto, yo ya me encontraba decidido a dejarla para siempre sin importar las consecuencias. A pesar de que sentía compasión por la Moderada original, había comprendido que mi propia vida estuvo en riesgo varias veces y que fue un error no leer el contrato cuando todo comenzó. Así que prepare una maleta y tomé mi baúl dispuesto a irme para no volver jamás. Pero en ese instante, por alguna razón me vino a la mente el recuerdo de aquel librito de lenguaje incomprensible que Moderada solía utilizar en sus trabajos de magia. Sentí que debía verlo antes de irme. Lo encontré en

su mesita de noche, sin ninguna llave ni candado. Al igual que la tapa, casi todo el cuaderno estaba escrito en un lenguaje desconocido, aunque era obvio que explicaba “recetas” o listas de ingredientes para trabajos mágicos. Tenía algunos dibujos bastante tétricos y oscuros. Finalizando el libro, encontré algo muy distinto: Moderada había escrito de su propio puño y letra gran parte de su historia personal y utilizaba estas páginas como un diario de sus actividades. Contaba que en su adolescencia conoció a otra bruja que fungió como su tutora en las artes mágicas, y con ayuda de esta, poco a poco fue mejorando en sus habilidades, hasta que llegó al punto en que rivalizaban en poder y conocimiento. Cuando Moderada creyó que estaba a la altura de su tutora, la retó a un duelo para demostrar que la había superado.

El resultado del duelo fue nefasto para Moderada, pues la otra bruja, que tenía más experiencia y poder, le dio una paliza y le impuso como castigo una vida en la cual cada diecinueve años debía pasar por la pena de experimentar en su propia carne los siete pecados capitales, arrastrando también al castigo a todos aquellos que le rodean. Por lo que creo, Moderada ha vivido así durante mucho tiempo, siglos, inclusive. Cada vez que empezaba a normalizar su vida construyendo relaciones de cualquier tipo con sus semejantes, sus mutaciones se hacían presentes, aniquilando en el proceso casi a todos aquellos a los que ha amado. Y aquellos que sobreviven, terminan abandonándola.

Además, narraba en el libro la manera en la cual me conoció, hablaba de como redactó el contrato para casarse conmigo y que pensaba dejarme ir, si esa era mi intención, una vez pasadas todas las transformaciones. (Y si lograba sobrevivirlas).

Al terminar de leer, cerré el libro, lo dejé donde estaba, tomé mis pertenencias y al cruzar por la puerta de salida, una voz desesperada gritó:

— Vamos a tener un hijo.

Yo decidí no mirar atrás. Moderada se había equivocado.

Quizás no soy noble ni tengo buen corazón.

Batalla de Ángeles

¿Dime porque hemos caído hermano?, ¿Qué hemos hecho tan grave como para haber perdido nuestro brillo?... nosotros no iniciamos la rebelión, nosotros no somos como nuestros líderes, no tenemos su fuerza ni su coraje, ni su poder de convencimiento, ni tampoco su convicción... fuimos arrastrados a la desgracia por una cuestión meramente jerárquica, ¿será este el castigo por la fidelidad a nuestras huestes? de estar en la gloria misma, ahora se nos saca de ella como si alguna culpa tuviésemos... No me veo merecedor de semejante castigo.

Así razonaba Anafel, aquel ángel caído que no acababa de entender la mecánica de los últimos acontecimientos, y en su rencor pronunciaba aquellos razonamientos tan poco acertados. Su compañero de huestes y de armas, Gayúd, quien se caracterizaba por ser un espíritu más frío y estratega le recriminó su mal encaminado pensar:

“Mira, Anafel, de la misma forma en que nuestros líderes decidieron rebelarse, nosotros también decidimos rebelarnos junto a ellos, y de la misma forma en que ellos pudieron arrepentirse en su momento y buscar el perdón divino, nosotros también estuvimos en capacidad de hacerlo, pero cegados ante el seductor actuar del grupo, nos dejamos llevar por torpes e inútiles promesas, que ahora ante la luz de los hechos, es obvio que nunca se llegarán a cumplir, porque, dime tú que probaste la furia divina, ¿Quién de todos los rebelados logró siquiera infringirle aunque sea el más mínimo daño tanto a él como a aquellos contra los que peleábamos?... nosotros ya sabíamos que el intento era inútil, pero la tentación nos ha vencido y ahora tenemos un castigo más que justo y merecido. Y hablas de fidelidad, bien pues esta debe acabarse cuando nuestro caudillo ya no es merecedor de ella, y desgraciadamente para nosotros y millones de nuestros hermanos no tuvimos el entendimiento de que la verdadera fidelidad era hacia el creador y no hacia quien nos dirigía por su designio. Así que, en lo que a mí respecta, la ira y el arrepentimiento se convertirán en mi propio

infierno y viviré consumido en él hasta el final de la creación, y si fuese posible obtener algo bueno de todo esto, será la sabiduría conseguida a tan alto costo... solo ese será el único consuelo que obtendré por mi actuar tan erróneo...”

Escuchaba con asombro Anafel lo que su compañero de armas le dijo, y sintió en todo su ser un choque directo, no sabía en que creer o que pensar, el razonamiento de Gayúd era correcto para su propia desgracia, y muy en el fondo de sí, lo sabía. Pero en su estado de desgracia, no era capaz Anafel de otra cosa que no fuera buscar toda clase de justificaciones para su actuar, y con ira y despectivamente respondió a su colega:

—Mira que te consideraba yo como un ser con determinación y capaz de las luchas más acérrimas, amigo Gayúd, pero veo que tus decisiones no tienen firmeza ni convicción. Peleabas antes con ahínco y buscabas justicia ante las infracciones de las que hemos sido víctimas, pues como tú dices la fidelidad se pierde en el momento en que el caudillo ya no muestra actitudes justas. Y es exacto lo que nos ha sucedido. Él nos ha despreciado e impuesto preceptos absurdos e inaceptables, nuestros líderes nos mostraron la verdad, abrieron nuestro pensar y dejamos de ser parte de la mente colectiva que vive en su zona de confort. Recuerda Gayúd que es por esto por lo que empezamos la lucha y fue por la potencia de nuestras palabras que logramos convencer a millones y millones de entidades angelicales que por su propia voluntad se unieron a nuestra noble y justa causa.

Tras un momento en que ambos quedaron en silencio, razonando sus propias palabras, continuó Anafel:

—Dices Gayúd que llevaras un infierno de remordimiento dentro de ti por tu actuar, pues, también llevaré un infierno dentro de mí, pero será de odio e ira hacia aquellas criaturas que el de arriba ha creado y les ha dado prioridad y lugar especial antes que a nosotros mismos. Yo buscaré todas las formas que me sean posibles para dañarles, les provocaré, les visitaré cuando menos lo esperen y los haré caer en la tentación de llevar a cabo actos contrarios a los designios de él. Hallaré la forma de vengar lo que todos nosotros

hemos sufrido a causa de ellos, me infiltraré en su sociedad y provocaré la guerra y la autodestrucción, para que estas criaturas no tengan paz y se alejen del creador, y así también de la posición que por derecho nos pertenece a nosotros. Solo así podremos combatir ese infierno interior que llevamos, únete a mí y juntos continuemos la batalla de la mejor manera en que podamos... nuestro supremo líder, el ángel más poderoso, valiente y legendario abrió camino a este nuevo mundo y se dice que todos aquellos con intenciones de venganza podrán acceder a él.

Mientras Anafel se manifestaba de tal forma, sus facciones y figura iban cambiando, y Gayúd lo notaba con asombro, su rostro pasó de una forma dulce y que denotaba santidad a una especie de mueca violenta como de animal salvaje hambriento, dispuesto a devorar lo que sea con tal de aplacar su hambre, y esta hambre era una de tipo espiritual pues su olfato y capacidad para encontrar víctimas se afilaron y con gestos descontrolados e impetuosos mostraba una gran presura para empezar su cacería.

Gayúd no terminaba de comprender la gran ira y desprecio que su compañero sentía hacia los seres recién creados. Aunque dentro de sí también se sintió desplazado, es cierto que tampoco sentía odio ni maldad alguna por aquellos. En verdad Gayúd tanto antes de caer, como ahora estando ya en la perdición, era incapaz de sentir odio por nada ni por nadie. Y ante la invitación de su compañero de acompañarlo en una campaña de devastación del nuevo mundo, no sintió el mismo ardor ni furia como para aceptar y le respondió en estos términos:

—Anafel, mira tu nuevo rostro y sorpréndete de lo que ahora eres. Pero debo decir que talvez la mayor transformación que sufriste no fue en tu ser exterior, sino en tu ser interno, no sé en qué momento llegamos al punto en que me propones ir a destruir a otro ser también creado por el altísimo. Pareces estar controlado por un hambre de venganza desmedida que no te deja ver las cosas con claridad. Y habiendo dicho esto, debes saber que no me considero superior a ti en nada, pues yo también pequé y caí, pero al menos soy consciente del error que cometí y que el único

merecedor de ira y odio soy yo mismo por no haber tenido la fortaleza de resistirme a toda la hueste y a los líderes que nos sedujeron, como sí lo hicieron algunos cuantos que fueron víctimas de insultos y blasfemias en el momento en que desertaron de nuestro bando. Pero resulta que aquellos ahora están cerca de su presencia, y llenos de gracia y victoria y nosotros aquí carcomidos tanto por dentro como por fuera y sin posibilidad de amnistía pues ya se he emitido el juicio, y bien que nos advirtieron que todo esto iba pasar... Sobre ese nuevo mundo al que me dices que vayamos a destruir, debo decirte que mi propio infierno no quedará en calma haciendo más daño del que ya hice, muchos cayeron en desgracia por mis palabras y actos, ahora no haré lo mismo con las nuevas criaturas, y si me dirigiese a ese nuevo lugar, será solamente para saciar mi curiosidad, estudiar y analizar esa nueva creación, tratar de comprender porque se les ha favorecido tanto. Y si fuese posible, disminuir de esta forma —al menos por breves instantes—, el dolor y la frustración tan enormes que llevaré dentro para siempre.

»Si lo deseas, Anafel, iré contigo pero no compartiré tu animadversión por ellos, y me mantendré neutral en ese mundo, no haré nada en su contra, pero tampoco buscaré ayudarles, pues sea como sea aún perdura en mí el descontento y el desconcierto de su creación.

Mientras decía estas palabras, la figura de Gayúd entró en metamorfosis y su rostro habitual que denotaba sabiduría, fortaleza y seriedad, pareció dividirse en dos, y a su lado izquierdo brotó otro rostro deforme y de facciones indefinibles, donde su boca se perdía entre arrugas asquerosas, su ojo izquierdo paso a esconderse en su cavidad y ahora solo parecía tener una abertura sin nada adentro, sucia y tenebrosa. Esto sucedió como representación de su indecisión y su tibieza, pues estaba flotando entre dos mundos, entre dos señores, malvado pero a la vez incapaz de ejecutar la maldad.

Al escuchar esto, Anafel sintió algo de frustración por la mentalidad de su compañero. Pero al menos, podría acompañarlo al nuevo mundo.

Pusieron rumbo hacia allá y hasta el día de hoy, ni uno ni otro han saciado su ira o su curiosidad.

Una porción extra

Recuerdo que durante mi niñez, vivíamos rodando de casa en casa. No durábamos demasiado tiempo establecidos en un lugar. En mis primeros años de vida nunca supe lo que fue sentirme parte de algo, no podría decir que me considero oriundo de un determinado sitio. Algunos de los pueblos en los que vivimos quedaron marcados en mi memoria y hay otros de los que no recuerdo casi nada, solamente imágenes relámpago, como aquellos recuerdos previos a un accidente que te hace perder la memoria. Estuve en esa clase de lugares que a veces no se muestran ni en los mapas y que parecen estar detenidos en el tiempo, sumidos en una especie de nostalgia, donde nada intenso sucede nunca, pero esto mismo es lo que les da su misteriosa belleza.

Mi padre era un comerciante de objetos extraños, buscaba cosas que no fueran comunes, de índole esotérica, objetos macabros y que nadie utilizaría para decorar una sala, como calaveras y osamentas humanas, animales disecados, libros de conjuros y cualquiera de ese tipo. Se podría pensar que alguien con semejantes aficiones tendería a ser malévolos o agresivos, pero el no. Era un hombre de estatura media y ojos negros muy profundos. Callado y amoroso. Mi madre se le parecía mucho, tenía bellos ojos de tonalidad verde y poseía un cabello negro colacho y enredado. Estudió historia del arte, y fue en este mundo de las antigüedades donde ambos se conocieron. Ella, sabiendo de la fascinación de mi padre con estas cosas, lo contactó para venderle un juego de la tabla de la güija, y él se interesó tanto en el artículo como en ella y a partir de allí siguieron intercambiando más objetos de mutuo interés, y cuando mi padre decidió salir de gira por todo el país a “cazar” reliquias, le ofreció ir juntos, una cosa llevo a la otra, y terminaron unidos el resto de su vida, moviéndose por muchos lugares, comprando y vendiendo cosas extrañas y que generalmente asustan a la gente “normal”...

A parte de lo dicho sobre mi madre, debo mencionar algo relevante: durante su niñez, conoció a un niño que vivía en la calle con el cual entró en amistad. Mi madre sacaba comida de su casa para él. Ello lo alimentó y le ayudó en cuanto pudo durante años, hasta que en algún momento este niño se fue. Mi madre lo buscó, pero no fue hasta unos años después que lo encontró agonizando en un hospital, pues el ahora adolescente había intentado robar en un negocio, y el dueño del local le disparó. En el hospital, cuando vio a mi madre, su último deseo fue que le llevara algo de comer, como en los viejos tiempos. Y aunque los médicos no se lo permitiesen, ella le prometió que de alguna forma le llevaría algo, pero nunca cumplió la promesa y su amigo falleció esperándola.

Tendría yo unos 10 años, cuando en algún momento de nuestros viajes, mi padre fue avisado de un pueblecito llamado Night, acerca del cual se comentaban toda clase de leyendas y situaciones inexplicables, además de que siempre estaba cubierto por una espesa neblina, y negras nubes, de esas que se ponen cuando va llover, y esto sin importar la hora del día, ni la estación del año, por lo cual la luz natural era siempre muy baja, dando la apariencia de estar en un eterno crepúsculo. Estas características hacían de Night un lugar muy atractivo para el negocio de mis padres, y se terminaron de convencer al escuchar que allí vivía un hombre de quien se decía que sabía todo acerca de los exorcismos y la expulsión de demonios de personas poseídas y casas infestadas. Esto a pesar de que no era sacerdote.

Al llegar al pueblo, constatamos que no siempre había neblina, pero sí era cierto que el cielo siempre estaba nublado y muy rara vez se asomaba un rayo de luz. Costó mucho trabajo a mi padre encontrar trabajadores para la mudanza, pues la gente evitaba entrar a Night en la medida de lo posible. En cambio, si fue sencillo conseguir donde vivir, ya que el lugar estaba en decadencia y la gente se iba dejando muchas casas vacías atrás. Yo nunca encontré paz en aquel sitio. Todo era tétrico, parecía salido de alguna narración de Poe, las construcciones se caían en pedazos y parecían estar vacías y desoladas, los árboles no tenían hojas y sus ramas desnudas

los hacían ver muertos como el sitio en sí. Los lugareños daban la impresión de estar siempre tristes o enojados, hablaban muy poco y no eran amables.

Para mi alivio, la casa en que nos quedamos estaba relativamente bien, comparada con todas las demás cercanas. Era bastante antigua y con muchos cuartos, pero daba la impresión de estar en buenas condiciones y tenía una zona verde, en la cual estaba el único árbol con hojas en todo el pueblo.

A los pocos días de haber llegado, empezaron a suceder algunas cosas extrañas en la casa. Se escuchaba un llanto desconsolador, estando todas las habitaciones vacías, a veces sucedía que al llegar a mi cuarto mis juguetes de aquel entonces estaban esparcidos por el suelo, como si alguien hubiera estado jugando con ellos, a pesar de haberlos dejado en orden, y que nadie más había estado allí.

Le contaba lo que estaba sucediendo a mi madre y ella me indicaba con rostro serio y preocupado que no era nada y que no inventara tales cosas. Seguido de esto, empezamos a detectar olores putrefactos en el ambiente, de la nada llegaba un aroma a podredumbre y teníamos que salir de la casa y esperar a que pasara. Tanto los malos olores como el llanto fantasma, solían suceder justo antes de comer.

Así pues, llegó un momento en que tales fenómenos se volvieron francamente insoportables y ya mis padres no podían obviarlos. Ya no solo se daban a la hora de la cena, se daban cada vez que alguien en la casa se servía algo de comer. Y un día mis padres tuvieron una gran discusión a causa de esto. Llegaron a la conclusión de que lo mejor era buscar a alguien que les pudiera ayudar.

Para ese entonces, mi padre ya había entrado en contacto con el famoso exorcista de Night, de hecho se habían hecho buenos amigos y el hombre solía visitar la casa. La primera vez que fue, el exorcista alertó a mis padres de que sentía “una presencia” en el lugar. Mis padres no le dieron importancia al tema en ese momento. Pero ahora, en vista de las situaciones que se estaban dando, mi padre le pidió que desinfectara la casa.

El hombre era un viejo de unos sesenta años de edad y vestía con un gran sombrero y altas botas como un pistolero del viejo oeste. Recuerdo el día del exorcismo: se colocó una gran bata negra y llegó armado con su kit para el combate demoniaco. El primer paso fue la aspersión de agua bendita por todo rincón, fue al comedor, que era donde se llevaban a cabo la mayor parte de los sucesos paranormales, y recitó un montón de cosas en latín, hizo señas con un crucifijo y ordenó firmemente que toda presencia se retirara y dejara en paz a la familia.

Estuvo haciendo estos rituales durante algunos días, y las manifestaciones decayeron un poco pero aún continuaban. Mis padres no me dejaban estar presente durante estas sesiones, me enviaban con una vecina. Solamente vi la primera de ellas.

Cuando el “exorcista” dejó de ir a la casa le pregunté a mi madre si ya todo había terminado, ella lo pensó un poco y por fin me habló con sinceridad, tal vez porque no había ya nada que ocultar y lo que sucedía era muy obvio. Me dijo que la presencia en la casa, según el viejo, no era un demonio u algo malévolo, sino un alma en pena que por algún motivo estaba atormentándonos.

Como los fenómenos ocurrían a la hora de la comida, el viejo sugirió a mis padres que le presentaran “ofrendas” a esta alma, como si estuviera viva y que tal vez así no molestaría más. De tal forma que mi madre empezó a colocar una taza de té adicional por las tardes, también en el almuerzo y en la cena colocaba un cuarto plato entero para alguien invisible, y hacía lo mismo para cualquier cosa que comiéramos, ya fuera un pedazo de pan o frutas, colocaba otra porción adicional aparte de la nuestra, y sorprendentemente, poco a poco los llantos del fantasma y los malos olores disminuyeron, hasta que por fin se fueron por completo.

Un día mi madre hizo gelatina. Sirvió para mí, sirvió para mi padre y sirvió el plato extra. Pero para nuestra sorpresa, otra vez se manifestó el olor fétido y se desató ese llanto desconsolado que no parecía venir de ningún lugar. ¿Por qué había vuelto el fantasma, si se le sirvió su porción?... salimos de la casa y en el patio, mientras mis padres discutían si ya era hora de irnos de allí, sentí un frío

terrible que subió por mi espina dorsal, y una voz amistosa y juvenil me dijo al oído:

—Dile a tu madre que cuando estaba en el hospital, lo único que comía era gelatina. Quiero otra cosa.

Mención de Honorífica

Jaffeth Alfaro Torres

Athanasía

Sueño

En una dimensión dionisiaca, CENTAURO es transportado a través de una telaraña onírica.

Cual peregrino transmundano, he perseguido la ataraxia en tierra de mortales, mas no la he hallado. Al ver esta mi desdicha, Orfeo, maestro de los encantamientos, entró sin advertencia a mi habitación cual ladrón en la noche; y tocando dulcemente su lira de plata, me recitó una misteriosa épica escrita en hexámetro, transportándome por el portal de los sueños a través de una inefable telaraña onírica. Una vez llegado el último verso a su fin, me hizo descender con su hechizo al monte Parnaso, reino del arte, las musas y la poesía.

Inmerso en la oscuridad, asciendo por la senda antigua, acosado por el lucífero canto de Hécate. Enviados de entre las profundidades emergen dos tétricos seres, Tánatos e Hipnos, y tras de ellos una espectral estantigua, comandada por las pálidas Moiras. La fría noche bañada en estrellas ha derramado una miríada de macabros terrores sombríos que perturban mi viaje. Agotado y soñoliento, encuentro un rocoso altiplano en el cual me abandono al encanto de Hipnos. Eos, la más brillante de las estrellas, se levantaba de la corriente del océano para llevar la luz a los dioses y los mortales. Abriendo las puertas del Olimpo con sus sonrosados dedos, Eos anuncia la virtud de su hermano Apolo quien descende en su carro de fuego. Con su áureo arco, ahuyenta de mí a la prole nocturna con punzantes saetas. El astro rey me es ahora lumbrera a mi camino.

Agotado a un lado del sendero, encuentro a un huraño anacoreta quien me guía hacia el palacio de las musas. Le sigo en solemne silencio, absteniéndome de compartir palabra. Al llegar a las puertas de aquella encantada ciudadela de altas bóvedas, mi alma es imbuida en un estado de profunda ascesis. Acompañado por el bello séquito del musageta, soy elevado en un torbellino de fuego

hasta la cúspide del templo. ¿Habré finalmente alcanzado el punto más alto al que cualquier mortal pudiese llegar? Hechizado por el cántico de las musas, mi alma es inducida en un profundo trance letárgico, en el cual permanezco durante largas horas.

Disfruto de este santuario, mi primera experiencia de eudaimonía aristotélica. Gea se ha unido al concierto, acompañándonos con el exquisito sonido que produce el Céfito al ondear suntuosamente las ramas de los abetos que adornan los jardines del templo de Apolo. Creo que la serenidad que he alcanzado al meditar en este lugar me hace trascender a la dimensión de lo onírico. Temo profundamente desprenderme de mi cuerpo; ergo, abro repentinamente mis parpados. ¿Qué es esto? ¿Ha desaparecido ante mis ojos todo aquél hermoso paisaje dionisiaco! Únicamente alcanzo a distinguir un negruzco orbe que se mueve frente a mí, en todas direcciones... ¿Se aleja! No soy capaz de describir a un ser como este, es ignoto a toda mi experiencia... Abre sus burlescas fauces y lanza un molesto chirrido estridente:

—riiiiing, riiiiing, riiiiing, riiiiing, riiiiing, riiiiing...

Vigilia

CENTAURO despierta dentro de los dominios de una dimensión apolínea.

Abandono con disgusto el mundo de los sueños y me preparo para ir a la universidad. Sin necesidad de consultar al oráculo de Delfos, creo predecir que hoy será un día largo y extenuante, al igual que todos los demás. Mientras me baño, me pregunto si... ¿existirán acaso mejores momentos para ejercitarme en el arte de la filosofía que mi diario viaje en bus o la ducha matutina? Es durante esta última que me pregunto igualmente... ¿por qué me llamarán Centauro? Me gustaría pensar que me relacionan con Quirón, centauro inteligente, sabio y de buen carácter, a diferencia

de la mayoría de los de su clase quienes eran seres salvajes, sin leyes ni hospitalidad, esclavos de las pasiones animales. Esta y otras preguntas mucho más trascendentales son las que me suelo formular día con día, camino a la universidad.

En escasas ocasiones acostumbro a dialogar durante mis viajes en bus, creo que esto se debe a que mi naturaleza me induce a la solitaria reflexión. Durante este viaje, creo que indagaré una vez más, un tema copiosamente recurrente en mis pensamientos: ¿es acaso la athanasía, entendida como inmortalidad, una cualidad del alma? Me enfoco únicamente en la inmortalidad del alma, en tanto que la experiencia me confirma que el cuerpo se degrada y muere. Partiré asumiendo que la muerte es la separación del alma y del cuerpo. Es decir: el desprenderse el alma del cuerpo. También me pregunto si... ¿no es este el oficio de los filósofos? Ellos practican toda su vida la filosofía, arte que busca desprender el cuerpo (de naturaleza mortal) del alma (de naturaleza divina), y esto no me refleja más que una enemistad del alma con el cuerpo. En efecto, pienso que el verdadero filósofo no puede lamentarse cuando le llega la separación definitiva de su alma. Es más, considero que debería de alegrarse si es que espera que, separado de su cuerpo, pueda contemplar la sabiduría que es todo lo que ha amado en vida. Sin embargo, creo que me he precipitado al lanzar este análisis, pues no me está claro si el alma es capaz sobrevivir al ser separada del cuerpo. Esta cuestión me dará muchas vueltas en la cabeza durante todo el día. Lamentablemente, no conozco quién quiera jugar a la mayéutica socrática conmigo. ¿Encontraré alguno con la disposición de asistirme en el dificultoso parto de mis ideas? Me temo que no. Al parecer no hay muchos interesados en indagar estos temas. Creo que quizás hacen falta más cursos de filosofía en esta universidad. Simple y llanamente, me canso de pensar en esta cuestión, y al llegar a casa tomo una profunda siesta:

En una prisión ateniense

SÓCRATES mantiene un diálogo con CEBES antes de ser ejecutado

—¿Y qué!, repuso Sócrates: ¿la vida no tiene también su contraria,¹ como la vigilia tiene el sueño?

—Sin duda, dijo Cebes.

—¿Cuál es esta contraria?

—La muerte.

—Estas dos cosas, si son contrarias, ¿no nacen la una de la otra, y no hay entre ellas dos generaciones o una operación intermedia que hace posible el paso de una a otra?

—¿Cómo no?

—Yo, dijo Sócrates, te explicaré la combinación de las dos contrarias de que acabo de hablar, y el paso recíproco de la una a la otra; tú me explicarás la otra combinación. Digo, pues, con motivo del sueño y de la vigilia, que del sueño nace la vigilia y de la vigilia el sueño; que el paso de la vigilia al sueño es el adormecimiento, y el paso del sueño a la vigilia es el acto de despertar. ¿No es esto muy claro?

—Sí, muy claro.

—Dinos a tu vez la combinación de la vida y de la muerte. ¿No dices que la muerte es lo contrario de la vida?

—Sí.

—¿Y que la una nace de la otra?

—Sí.

—¿Qué nace entonces de la vida?

—La muerte.

—¿Qué nace de la muerte?

—Es preciso confesar que es la vida.

—De lo que muere, replicó Sócrates, nace por consiguiente todo lo que vive y tiene vida.

—Así me parece.

1 Platón, *Fedón*, I, 69e

—Y, por lo tanto, repuso Sócrates, nuestras almas están en los infiernos después de la muerte.

—Así parece.

—Pero de los medios en que se realizan estas dos contrarias, ¿uno de ellos no es la muerte sensible? ¿No sabemos lo que es morir?

—Seguramente.

—¿Cómo nos arreglaremos entonces? ¿Reconoceremos igualmente a la muerte la virtud de producir su contraria, o diremos que por este lado la naturaleza es coja? ¿No es toda necesidad que el morir tenga su contrario?

—Es necesario.

—¿Y cuál es este contrario?

—Revivir.

—Revivir, si hay un regreso de la muerte a la vida, repuso Sócrates, consiste en verificar este regreso. Por lo tanto, estamos de acuerdo en que los vivos no nacen menos de los muertos, que los muertos de los vivos; prueba incontestable de que las almas de los muertos existen en alguna parte de donde vuelven a la vida.

Me parece, dijo Cebes, que lo que dices es una consecuencia necesaria de los principios en que hemos convenido.

(Entra CENTAURO, interrumpiendo la conversación)

—Saludos ilustres pensadores, he abandonado mi escondite bajo el umbral para escuchar más claramente vuestra conversación hartamente anhelada. Según te he comprendido, Sócrates, razones que el alma es inmortal en tanto que se rige bajo el concepto universal de la compensación de los procesos contrarios. Entiendo que en la naturaleza todo se genera a través de su contrario, es decir, lo caliente ha llegado a ser caliente a través de lo frío, lo bello de lo feo, lo justo de lo injusto... De este modo, todos los seres que tienen un contrario se originan a partir de él; ergo, de estar muerto se pasa a estar vivo y viceversa. Y a este proceso se le llama revivir. ¿No es esto así?

—Sin duda. Convendríamos entonces en que existen nuestras almas en el hades, dijo Sócrates.

—No me encuentro plenamente convencido. Aun así, nada me impide escuchar con gusto las pruebas que tú quieras darme.

—Helas aquí —replicó Sócrates—. Nuestra ciencia no es más que una reminiscencia.² Si este principio es verdadero, es de toda necesidad que hayamos aprendido en otro tiempo las cosas de que nos acordamos en este, y esto es imposible si nuestra alma no existe antes de aparecer bajo esta forma humana. Esta es una nueva prueba de que nuestra alma es inmortal.

—Continuo sin estar convencido.

—Estamos conformes todos en que, para acordarse, es preciso haber sabido antes la cosa de que uno se acuerda.

—Seguramente.

—¿Convenimos igualmente en que cuando la ciencia se produce de cierto modo es una reminiscencia? Al decir de cierto modo, quiero dar a entender, por ejemplo, como cuando un hombre, viendo y oyendo alguna cosa, o percibiéndola por cualquier otro de sus sentidos, no conoce solo esta cosa percibida, sino que al mismo tiempo piensa en otra que no depende de la misma manera de conocer sino de otra. ¿No diremos con razón que este hombre recuerda la cosa que le ha venido al espíritu?

—Creo estar ligeramente persuadido.

—He aquí lo que es la reminiscencia, sobre todo cuando se llega a recordar cosas que se habían olvidado por el transcurso del tiempo, o por haberlas perdido de vista.

—Pero Sócrates, esto solo demostraría que las almas han existido antes que el cuerpo, no que seguirán existiendo después eternamente.

—Cierto, pero tienes que conectar este último argumento con el anterior. Porque ahora he demostrado que el alma existía antes que el cuerpo, pero esto conectado con el argumento anterior significa que seguirá existiendo después. Puesto que tras morir el alma tiene que volver a renacer.

—Así es, Sócrates. Sin embargo, deseo profundizar más esta cuestión, ya que temo como los niños, que, cuando mi alma salga

2 Platón, *Fedón*, I, 72e

de mi cuerpo la arrastren los vientos. Sobre todo, cuando se muere en tiempo de borrascas.

—Temer a la muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo y creer conocer lo que no se sabe. En efecto, nadie conoce la muerte ni sabe si es el mayor de los bienes para el hombre. Sin embargo, se la teme, como si se supiese con certeza que es el mayor de todos los males.³

—Hechízame pues con tus argumentos, Sócrates, para no temer más a la muerte.

—Presta atención. Sigamos aún otro camino. ¿Qué captamos con los sentidos del cuerpo, lo cambiante o lo inmutable y eterno?

—Lo cambiante claro está. Las cosas materiales del mundo, las que cambian...

—En cambio, con el alma conocemos y captamos las ideas inmutables y eternas, que han existido siempre y son inmortales; ergo, de la dualidad alma y cuerpo, lo que más se asemeja al alma son las ideas. Cabe sospechar, por tanto, que el alma comparta las otras características de las ideas, entre ellas, las de la incorruptibilidad e inmortalidad. Siguiendo el principio de la reminiscencia, si el alma puede conocer lo inmortal, es razonable pensar que ella también sea inmortal. Esto quiere decir que el alma comparte cierta afinidad con las ideas.⁴

—¿Cómo, Sócrates?

—Cuando el alma y el cuerpo están juntos, la naturaleza ordena que el uno obedezca y sea esclavo, y que el otro tenga el imperio y el mando. ¿Cuál de los dos te parece semejante a lo que es divino, y cuál a lo que es mortal? ¿No adviertes que lo que es divino es lo único capaz de mandar y de ser dueño, y que lo que es mortal es natural que obedezca y sea esclavo?

—Seguramente.

—¿A cuál de los dos se parece nuestra alma?

—Es evidente, Sócrates, que nuestra alma se parece a lo que es divino, y nuestro cuerpo a lo que es mortal.

3 Platón, *apología de Sócrates*, 29a

4 Platón, *Fedón*, I, 80b

—Mira, pues, mi querido Centauro, si de todo lo que acabamos de decir no se sigue necesariamente que nuestra alma es muy semejante a lo que es divino, inmortal, inteligible, simple, indisoluble, siempre lo mismo y siempre semejante a sí propia; y que nuestro cuerpo se parece perfectamente a lo que es humano, mortal, sensible, compuesto, disoluble, siempre mudable y nunca semejante a sí mismo.

—Te sigo el hilo, Sócrates.

—Siendo esto así, ¿no conviene al cuerpo la disolución y al alma permanecer siempre indisoluble o en un estado muy próximo a ello?

—Efectivamente Sócrates. Todos estos argumentos están muy bien pero no me acaban de convencer. Parecen demostrar que el alma ha existido con anterioridad al cuerpo y tiende a derivar su inmortalidad como extensión de esa misma preexistencia. Pero esto no acaba de quedarme claro.

—Explícate mejor, Centauro.

—Quiero decir que no está demostrado que el alma pueda seguir existiendo después del cuerpo, por siempre. Quizás el alma es inmortal en el sentido que sobrevive al cuerpo, pero no es impedida en el sentido de que en algún momento se disolverá.

—Por favor, dame un ejemplo.

—Mira, Sócrates, el alma es como un tejedor que confecciona muchos vestidos. Por muchos vestidos que haga, llegará un día en que el tejedor morirá. Del mismo modo, bien puede ser que nuestra alma utilice muchos cuerpos, al igual que el tejedor muchos vestidos, pero que tras un tiempo indeterminado termine por desgastarse, agotarse y desaparecer. Es decir, el alma duraría mucho más que el cuerpo, pero igualmente terminaría por perecer, después de haber utilizado muchos cuerpos. Si esto es así, no tiene sentido estar tranquilo ante la muerte, porque nunca sabríamos si esta muerte pueda ser la última, o si después de este cuerpo, nuestra alma terminara por agotarse del todo. ¡Quizás este cuerpo que posee mi alma ahora sea mi último vestido!

—Comprendo tu inquietud, Centauro. Pero escucha este mi cuarto y último argumento.

—Tienes mi atención.

—Ya definimos anteriormente que existen cosas que pueden ir de un contrario a otro. En esta ocasión, argumento que existen contrarios que se excluyen mutuamente.⁵

—Explícate con denuedo.

—El calor y el frío. El calor no puede ser frío, y el frío no puede ser caliente. Aunque haya cosas que puedan pasar de estar calientes a estar frías, los mismos contrarios se excluyen mutuamente. Si hay cosas que están conectadas con uno de los dos contrarios, cuando el otro contrario se le acerca les puede pasar una de dos cosas: perecen o se alejan.

—Dame un ejemplo.

—El fuego siempre es caliente y está conectado a lo caliente. El fuego cuando se le acerca lo frío o parece o se aleja y le cede su lugar al frío. Lo que no puede hacer es asumir lo frío, volverse frío y seguir siendo fuego. ¿No es así?

—Es cierto.

—Por lo tanto, no sólo los contrarios se excluyen mutuamente, sino que hay cosas que como se identifican exclusivamente con uno de los dos contrarios también excluyen completamente al otro. No sólo los contrarios no soportan dicha aproximación, sino que hay cosas que como siempre están conectadas con uno de los dos contrarios no pueden aceptar en sí al otro.

—Hasta acá te comprendo, Sócrates.

—Respóndeme, pues. ¿Qué es lo que hace que el cuerpo esté vivo?

—Es el alma.

—¿Sucede así constantemente?

—Así es.

—Por tanto, hay que admitir que, al igual que el fuego siempre atrae el calor, el alma siempre atrae la vida.

—Nuevamente me estás persuadiendo.

5 Platón, *Fedón*, I, 102a

—Esto significa que el alma se identifica con la vida. Y la vida es lo que constituye el ser del alma. Respóndeme lo siguiendo, ¿hay algo que sea contrario a la vida o nada?

—Si que lo hay, la muerte.

—Por tanto, el alma que se identifica con la vida jamás podrá admitir en sí, su contrario: la muerte. Jamás podrá admitir lo contrario que ella trae al cuerpo. Ahora bien, lo que no admite lo par... ¿cómo lo llamamos?

—Lo llamamos impar.

—Entonces, ¿aquello que no admite la muerte cómo tenemos que llamarlo?

—Tendríamos que llamarlo inmortal.

—Sin lugar a duda. Convendríamos entonces en que el alma es inmortal porque excluye la misma idea de la muerte. Recordemos que de los dos destinos que tenía un contrario cuando se le acercaba el otro eran perecer o alejarse. En este caso, el alma lo único que puede hacer es alejarse pues no puede perecer, puesto que perecer significaría aceptar en sí la muerte; cosa que no puede hacer porque se identifica con la vida. El alma trae la vida al cuerpo y cuando llega la muerte ella simplemente se retira, la muerte no puede tocarla. Cuando llega la muerte, el alma se retira, sólo lo mortal en el hombre muere, no lo inmortal. Se demuestra así que no es sólo que el alma sea más duradera que el cuerpo, sino que como se identifica con la vida, es por esencia inmortal e imperecedera. La idea del alma excluye la idea de la muerte.

—Finalmente me has convencido, Sócrates. Lo que argumentas quiere decir que, cuando la muerte sorprende al hombre, lo que hay en él de mortal muere, y lo que hay de inmortal se retira, sano e incorruptible, cediendo su puesto a la muerte.⁶

—Mi buen amigo Centauro, finalmente has caído en razón.

—Maestro por favor no nos abandones sin antes darnos algún último consejo.

—Amigos míos, una cosa digna de tenerse en cuenta es, que, si el alma es inmortal, hay necesidad de cuidarla no sólo durante la

6 Platón, *Fedón*, I, 106e

vida, sino también para el tiempo que viene después de la muerte, porque si bien lo reflexionáis, es muy grave el abandonarla.⁷ Ahora bien, me despido de todos ustedes con cariño, debo cumplir mi castigo bebiendo esta cicuta según lo ordena la ley ateniense.

(SÓCRATES muere.)

Miro a mi alrededor un gran lamento y me pregunto a mí mismo... ¿será que el maestro se encuentra en mejor lugar?, ¿estará en compañía de los poetas? Tomo la cicuta venenosa en mis manos y descubro que Sócrates sólo bebió media copa. Al parecer eso fue suficiente para él. Creo que me gustaría visitar esa dimensión de la que me habla el maestro, quizás pueda dialogar con los rapsodas y aedos que en antiguos tiempos recorrían las ciudades de la Hélade. Me sumergiré en las aguas del Aqueronte hasta llegar al reino espectral de los poetas, y esta amarga ambrosía será mi nekyia —bebo la cicuta—. En efecto, comienzo a sentirme mareado; el vértigo se ha apoderado de mí.

En medio de los discípulos observo como, sentado sobre el cadáver de Sócrates, Pan toca su encantada flauta; y me hace una seña para que me acerque a contemplar su réquiem. Con dificultad llego gateando y me desplomo al lado del maestro. Pan mueve diestramente sus esqueléticos dedos y lanza unas notas al aire:

—riiiiing, riiiiing, riiiiing, riiiiing, riiiiing, riiiiing...

7 Platón, *Fedón*, I, 107a

Contenido

Introducción.....	3
Presentación	5
Poesía	9
Primer lugar.....	13
Valeria Johanna Jiménez Campos	13
Saturno y casa	13
Segundo lugar.....	35
Valeria Morales Núñez	35
Podremos ser	35
Tercer lugar.....	53
Joset André Navarro Abarca	53
El Parque de los Venados	53
Cuento	71
Primer lugar.....	75
Luis Fernando Montero Bonilla	75
Pa	75
Segundo lugar.....	95
María Pamela Sandí Villalobos	95
Pielés en catalejo	95
Tercer lugar.....	107
Gabriel Ulloa Herrera	107
Tortas Angus y Panzajes de Babalonia	107
Mención de Honorífica.....	121
Gustavo Adolfo Picado Durán	121
Consecuencias de nuestros actos	121
Mención de Honorífica.....	147
Jaffeth Alfaro Torres	147
Athanasía	147